

BOLSILIBROS IMPUGUERA

PUNTO

ROJO

el visitante de medianoche

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



EL VISITANTE DE MEDIANOCHE

PR Nº 561

Autor: Joe Mogar

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.78

PRÓLOGO

LA quinta, exceptuando el comedor, estaba completamente a oscuras.

Sentada en el sillón, frente a la puerta de entrada a dicho comedor, Nancy Fletcher consultó el reloj.

Una vez más, desde hacía horas, miró la esfera del suyo de pulsera, y también una vez más, desvió los ojos hacia la otra esfera, la correspondiente al reloj de pared, situado un tanto a su derecha, e hizo una mueca.

Lo mismo que en todo momento, las agujas parecían soldadas, dando la impresión de que no se movían, pero aquello no era cierto.

No podía serlo.

El tiempo transcurría inexorable, segundo a segundo, minuto a minuto, hora a hora.

Las doce menos cinco de la noche.

Volvió a mirarlos.

Menos cuatro minutos y medio.

La mueca de sus labios se repitió cuando desviando nuevamente los ojos los clavó en las grandes y largas agujas del reloj de pared para luego, casi en el acto, clavarlos en el vaso de whisky que tenía a su lado sobre la mesita situada frente a ella.

Alargó la mano, lo tomó y bebió hasta mediarle.

Al depositarlo de nuevo sobre la mesita, se puso en pie, mirando alrededor suyo y lentamente empezó a acercarse a la ventana.

Miró fuera.

Hacia los grandes macizos de flores, los árboles, las plantas trepadoras, y finalmente los detuvo en el ancho y bien pavimentado

camino, que desde la puerta principal de la quinta iba a desembocar en la carretera 21.

Más allá, pero no mucho, Nueva York con sus rascacielos del Manhattan, con Wall Street, con sus anuncios cambiantes, sus tubos neón, y también con su hermosura... y su podredumbre.

Nancy repitió una vez más la mueca y miró el reloj.

Las doce en punto.

Se volvió a la inversa, se acercó a la mesa, tomó el vaso, apuró el licor y con el vaso en la mano se acercó al pequeño pero bien surtido bar que había instalado en uno de los rincones del elegante comedor.

Escanció licor, se sirvió un par de cubitos de hielo, nuevamente tomó el vaso y se volvió hacia el sillón con ánimo de sentarse otra vez, pero sólo llegó al centro de la estancia.

Justo en aquel momento, las luces del comedor se apagaron.

Nancy se detuvo en seco, vaciló por espacio de irnos segundos y ahora, con infinitas precauciones, continuó andando hacia la mesita y el sillón, tratando de orientarse sin tropezar.

Sólo dio un par de pasos o tres, y entonces el timbre de la puerta de la calle empezó a sonar.

Nancy frunció el ceño.

Si las luces del comedor se habían...

Se agachó, soltó el vaso en el suelo y empezó a andar hacia la puerta del comedor.

Fuera, casi en el otro extremo de la casa, el zumbador continuaba sonando. A su alrededor sólo había oscuridad y silencio.

Siguió avanzando hasta que tropezó con la pared.

La tanteó tratando de orientarse.

Cuestión de segundos. La puerta quedaba a su derecha, a un par o tres de yardas. Siguió andando y su mano tanteó el marco buscando el interruptor de la luz.

El timbre había cesado de tocar, tal vez por unos segundos, y ahora volvía a sonar haciendo estremecer la casa.

Nancy alcanzó el interruptor pero no llegó a tocarlo. Lo rozaba con los dedos cuando la luz del comedor se encendió, deslumbrándola por un breve espacio de tiempo.

Se volvió en redondo, parpadeando.

Entonces le vio.

Frente a ella, en el otro extremo del comedor, entre la ventana que daba al jardín que rodeaba la casa, y el bar donde estuviera ella para preparar un nuevo whisky.

Desorbitó los ojos.

—¡Tú!

Siguieron unos segundos de silencio.

—¿Acaso no me esperabas?

—No, confieso que no. Pero ¿por dónde entraste?

El hombre señaló hacia atrás, por encima de su hombro.

—Por la ventana —dijo suavemente.

—¿Es un nuevo modo de venir a verme?

—Me gusta ser original. Pero ¿es que no te has dado cuenta de que están llamando?

Nancy hizo un gesto para indicarle uno de los sillones y respondió:

—Toma ese vaso que hay en el suelo y... puedes esperarme bebiéndote eso. Luego puede que... que...

Se interrumpió, dio media vuelta y alcanzó la puerta que daba acceso al exterior de la finca.

El timbre había callado por segunda vez.

Nancy se detuvo indecisa, dudando entre abrir o no, pero el nuevo y súbito timbrazo la sacó violentamente de sus vacilaciones por lo que alargó la mano, descorrió el cerrojo y franqueó la entrada.

Casi no tuvo tiempo de ver nada. Sólo una figura borrosa, y se vio lanzada hacia atrás por la fuerza bruta del impacto de la bala del 45, pero ella ni siquiera se dio cuenta porque estaba muerta desde mucho antes de tocar el suelo, mientras que la detonación del arma rebotaba de pared para ir a perderse rápidamente hacia el comedor.

Con el vaso en la mano, el visitante de medianoche se sobresaltó, lo soltó, y corrió hacia la puerta.

Sólo se detuvo cuando sus pies rozaron el cuerpo desmadejado y roto de Nancy Fletcher y durante unos segundos la estuvo contemplando fijamente hasta que de un modo repentino, quizá reaccionando de estupor que indudablemente le había producido aquel asesinato, se acercó a la puerta luego de rodear el cuerpo de la muerta, encajó el pestillo y regresó al comedor.

Siete u ocho segundos más tarde abandonaba la quinta por el mismo lugar por donde había entrado.

1

PEDÍ un whisky.

El barman me lo sirvió sin pronunciar palabra, me dejó solo apenas me hubo servido y tomé el vaso.

Empecé a beber.

Lo mediaba cuando ella dijo a mi izquierda:

—Don Darrell, ¿verdad?

Volví el rostro para mirarla.

Rubia y de grandes y rasgados ojos azules.

Minifalda y una blusa blanca, sin mangas, dejando al descubierto el nacimiento de los firmes pechos y los bien torneados brazos.

—Efectivamente —respondí, dejando de mirarla.

—¿Tiene para mucho en la barra de este bar?

La pregunta no me sorprendió, a decir verdad. Pudo decir aquello como otra cosa cualquiera, al objeto de iniciar una conversación. Las barras de ciertos bares se prestan a ello, y aquél no podía ser menos.

—Un poco —respondí—. El tiempo que tarde en tomarme este whisky. ¿Por qué?

Arrugó la fina naricilla y sus labios trazaron una línea dura que me sorprendió.

—Apúrese —dijo—, que quiero hablar con usted.

—¿No es eso lo que estamos haciendo? —pregunté.

Miró a su alrededor, volvió los ojos a mí y contestó:

—Este no es lugar adecuado, fisgón.

—No, supongo que no. ¿Tal vez mi oficina... o prefiere Otro más

discreto?

Nada cambió en su rostro de muñeca rubia lo que me hizo pensar que no me había entendido bien, pero me equivocaba como supe segundos más tarde.

Los que tardó en decir:

—Eso vendrá después... o no. Dependerá de varias cosas, Darrell. Por lo pronto lo que deseo es... es... Bueno, ¿termina o no con su whisky?

Terminé de beber, y al depositarlo sobre el mostrador pregunté:

—¿Quién le dijo que me encontraba aquí?

—Su secretaria.

—¿Y...?

Su semblante se puso serio.

—Sí no le importa, hablaremos en su despacho.

No respondí, aboné el whisky, abandoné el taburete y salimos a la calle.

Desde detrás de la mesa de su despacho, Cinthia Morris, mi secretaria, nos lanzó una fugaz mirada, hizo una mueca en mi dirección, que mi rubia acompañante no advirtió, y continuó tecleando en la máquina de escribir.

Cerré a nuestra espalda e invité:

—Siéntese, por favor.

Lo hizo cabalgando una pierna sobre la otra, y me acomodé frente a ella, en otro de los sillones, y repetí, exactamente como si estuviéramos en la barra del bar:

—¿Y...?

La rubia dejó transcurrir irnos cuantos segundos de silencio y preguntó a su vez:

—¿Acostumbra a leer los periódicos, Darrell?

Sin saber adónde quería ir a parar, respondí:

—Algunas veces.

—En ese caso... Bueno, pesquisa, sea como fuere, el hecho cierto es que quiero a un asesino.

La miré atentamente.

—Explíquese para que yo la entienda, ¿quiere?

—Sí, claro. —Vaciló un poco y por fin continuó—: Mataron a una amiga mía, de un tiro, en el interior de su quinta en la carretera 21, y de esto hace un par de semanas.

—¿Qué dice la policía?

—¡Al diablo con la policía, fisgón! Busque a ese asesino y... habrá algunos dólares a ganar.

—¿Por qué?

Me miró con sorpresa, arqueando una ceja.

—Creí que ya se lo había dicho —respondió pensativa—, pero si no es así, voy a decirlo ahora. Era mi amiga.

—Sí, ya me lo dijo —vacilé un poco y continué al cabo de unos segundos en silencio, que ella no interrumpió—: ¿Quién era su amiga?

—Se llamaba Nancy Fletcher... y como le digo, murió. La mataron, pesquisa, ¿entiende? La policía... no se ha mostrado muy eficiente, por lo menos hasta el momento. ¿Qué piensa hacer?

—¿Sobre qué?

Sus ojos brillaron y su voz se volvió brusca cuando contestó:

—¿Le estoy preguntando si va a hacerse cargo de esto?

—Hábleme de su amiga.

—En concreto, ¿qué es lo que desea saber de ella?

—Amistades, tanto masculinas como femeninas. Sus íntimos, si me entiende.

—Hay varios. Yo misma, Tab Barris, Lana Prescoe... y algunos más.

—¿Podría proporcionarme una lista con el domicilio actual de cada cual?

—Lo intentaré.

—En ese caso, ¿dónde podremos vernos?

Se puso en pie y la imité.

—Me pondré en contacto con usted, tal vez hoy mismo.

Me tendió la mano.

—Me llamo Nora Lancaster, Darrell —dijo como despedida.

La acompañé a la puerta seguido por los ojos verdes e inquisitivos de Cinthia, donde nos despedimos, y a continuación retrocedí sobre mis pasos y entré en mi despacho.

Una mujer asesinada, una tal Nancy Fletcher, nombre que nada me decía.

Abrí el cajón central de la mesa despacho, tomé la botella de whisky, eché un largo trago de su cuello, la guardé, y a continuación llamé a Cinthia.

Veinte años.

Una hermosa muchacha desde la altiva cabeza hasta la puntera de sus pies calzados con zapatos de alto tacón.

—Siéntese, Cinthia —dije.

Lo hizo frente a mí, al otro lado de la mesa tras la cual me sentaba yo.

—¿Y bien...? —preguntó.

—Asesinato.

Hizo una mueca.

—¿Quién es la muerta? —preguntó.

—Una mujer llamada Nancy Fletcher.

Frunció el ceño, pensativa, y luego respondió:

—Eso ocurrió hace unas dos semanas, míster Darrell.

—¿Cómo lo sabe?

—Leo los periódicos.

—¿Puede decirme algo sobre el caso?

—La policía dictaminó asesinato. Al parecer, ella se encontraba completamente sola en el interior de la quinta cuando ocurrió el hecho. Los peritos en huellas dactilares confirman esa teoría. No se encontraron otras que las de la víctima.

—¿Nada más?

Me sonrió.

—Nada más.

Consulté el reloj.

—¿Tiene compromiso para esta noche, Cinthia?

Me miró fijamente, tan fijamente, que me desasosegó.

—¿Dónde va a llevarme si le digo que no?

—A tomar unas copas, a cenar, y a bailar por ahí.

La vi vacilar, como si estuviera pensando en los pros y contras que supondrían para ella si aceptaba la invitación, o tratando de averiguar el verdadero alcance de la misma.

—Pregúntemelo más tarde, querido —dijo.

Dio media vuelta y alcanzó la salida. Desde el marco de la puerta se volvió a mirarme.

—Hay otra cosa más, míster Darrell —dijo.

Y sus ojos verdes chispearon.

—¿Respecto a esta noche?

—No. Ni mucho menos. Se trata de esa Nancy Fletcher...

Me interesé en el acto.

—¿Y es...?

—La policía opina que no se encontraba sola en la quinta, a pesar de la carencia absoluta de huellas de otras personas, como ya le dije.

—¿En qué se basan?

—Eso, querido, va a tener que preguntárselo al teniente O'Brien.

Hice una mueca mientras daba media vuelta y desaparecía de mi vista.

De nuevo me senté, puse los pies sobre la mesa después de volver a sacar la botella del cajón, y me dediqué a pensar.

Eran las seis y cuarenta y cinco minutos de la tarde cuando me puse en pie, me arreglé el nudo de la corbata, tomé la funda con las correíllas el «Colt Cobra» calibre 22 que coloqué bajo mi axila izquierda, y cruzando el umbral de la puerta de mi despacho entré en el de Cinthia.

Unas preciosas piernas envueltas en malla de nylon color carne, casi al descubierto debido a la minifalda.

—¿Nos vamos? —pregunté apenas si nos encontramos frente a frente.

Instintivamente consultó su reloj y me miró con asombro.

—¿Tan pronto? —preguntó a su vez—. Y por otra parte, aún no me he decidido.

—En ese caso, Cinthia, iré yo solo. Me aburro, ¿comprende?

—¿Y por eso busca mi compañía?

—Después de todo le pago por tenerla durante el día, ¿no?

—¡Oh! Pero no... no por la noche.

Sonreí.

—¿Viene?

Dudó un poco, pero por fin se puso en pie.

—De acuerdo, míster Darrell, pero no se ponga pesado.

—¿No...?

—Desde luego, no. Hay cosas que no me gustan.

—¿Como por ejemplo...? —alenté.

—El modo cómo me mira las piernas —declaró sin alterarse—. Y otras cosas que le iré diciendo poco a poco.

—De acuerdo. ¿Nos vamos?

Salimos sin rozarnos.

2

—**A**HÍ la tiene usted, míster Darrell.

—¡Eh!

Nos encontrábamos bailando, en unión de otras parejas, en el centro de la pista del Mogambo Club, en pleno centro de Broadway, cuando Cinthia pronunció aquellas palabras.

—En la barra. Y debe ser un saco de dólares a juzgar como va vestida.

Ladeé la cabeza para mirar.

Me sorprendí.

El vestido cuajado de lentejuelas que llevaba, valía un capital. Largo hasta los pies, con nada en la espalda y muy poco por delante. Enguantadas las manos hasta dos dedos por encima del codo, desnudos los hombros, y calzando zapatos de alto tacón.

Y me fascinó tanto o más que me fascinara en el interior de mi despacho de la calle 53 Oeste.

Miré a su acompañante.

Alto y delgado pero fuerte. Felino, o por lo menos aquello fue lo que me pareció a mí. Moreno, de ensortijado pelo negro, y de duro perfil. Elegante en sus maneras y en su vestir.

Fue justo al llegar a aquella conclusión cuando advertí la mano de Cinthia crispada sobre mi hombro.

—Me está apretando demasiado, míster Darrell —dijo con suavidad—, y ésa es otra de las cosas que tampoco me gustan.

Me separé un poco sin responder, y ella añadió, cambiando de conversación:

—¿Por qué no nos acercamos a la barra a tomar una copa,

pesquisa?

—¿Algún motivo especial para esa sugerencia?

—¿Y usted es uno de los fisgones más inteligentes de Nueva York?

Se soltó, dio media vuelta, y la seguí hasta allí.

Cinthia fue a colocarse junto a la pareja y yo lo hice en el lado opuesto.

Y supe que por lo menos la rubia nos había visto, cuando vi sus verdes ojos fijos en los míos, a través del espejo que había tras el mostrador.

Se volvió ahora, enfrentándonos.

Sonreía.

—Buenas noches, Darrell —saludó—. Confieso que no esperaba verle por el club. Es decir, en este club.

—Traje a mi secretaria. Se aburría sola y quise acompañarla.

Cinthia no pronunció palabra, pero sus ojos estaban fijos en el acompañante de la rubia Nora Lancaster.

—¿Sí...? —sonrió, volvió los ojos a su pareja y presentó—: Mi amigo Alf Parris. Don Darrell, otro de mis amigos, Alf.

Dudé irnos segundos mientras me tendía la mano, y al fin respondí con una pregunta, completamente inesperada para los dos, y tal vez para la propia Cinthia:

—¿Amigo también de Nancy Fletcher?

Hubo un silencio que se rompió de un modo brusco mientras que los ojos de los tres, incluyendo a mi secretaria, claro, me asestaban, y que se rompió no menos bruscamente.

—¿Quiere que nos sentemos a una de las mesas, Darrell?

Consulté con la mirada a Cinthia, que asintió con un leve movimiento de cabeza.

Nos sentamos junto a la pista, y apenas si lo hicimos, Parris se encaró conmigo.

—¿Puedo saber a qué obedece su pregunta anterior, Darrell?

Al ir a contestarle, intervino Nora.

—Está trabajando para mí, Alf —dijo. Y como viera el gesto interrogativo de él, añadió—: Le contraté para que descubriera al asesino de Nancy. Es... uno de esos hombres inteligentes del servicio detectivesco. Un privado.

Parris frunció el ceño, vaciló unos segundos y respondió:

—Gracias por la explicación, Nora. En cuanto a usted... Bueno, sí, era amigo de miss Fletcher.

Se imponía una pregunta y la hice:

—¿Muy amigo?

—Bastante, pero no hasta el punto que usted trata de insinuar.

—¿Quiere decirme dónde se encontraba la noche en que la asesinaron?

Tomó su vaso, bebió lentamente sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal, y respondió en el mismo instante en que nuevamente lo depositó sobre la mesa:

—No.

—Pero... ¡Alf!

—He dicho que no, Nora. Las respuestas a esas preguntas ya se las di a la policía en su momento. —se puso en pie y vi el asombro en los ojos de Nora—. Buenas noches a todos.

—¡Alf!

Se detuvo cuando ya iniciaba la media vuelta.

—¿Sí, Nora...?

—¿Vas a dejarme completamente sola?

—Perdona, pero tengo una cita que olvidé.

Y su voz era fría.

Nora no insistió y los tres quedamos solos, mirándonos, incapaces, por el momento, de pronunciar palabra alguna.

Fue la propia Nora quien primero lo hizo tras un breve silencio:

—Me ha estropeado la noche, Darrell —dijo.

Los ojos de Cinthia estaban fijos en las parejas de baile. Parecía no prestarnos atención alguna, pero yo sabía que no era así ni mucho menos.

—¿Trajo esos nombres, miss Lancaster? —fue lo que pregunté.

Sin responder, la rubia abrió el bolso y me entregó un papel doblado.

—Gracias —añadí.

En aquel momento se puso en pie.

La imité preguntando:

—¿Se marcha?

Mirando a Cinthia repuso:

—A su secretaria no le gustaría que me quedara, y mucho menos que la sustituyera esta noche.

No quise mirarla, pero no pude evitar oír su respuesta, como cosa lógica:

—Creo que lleva razón, miss Lancaster... Aunque su sustitución, si llegaba el caso, para míster Darrell, sería mucho más agradable que la mía. Buenas noches.

Y de nuevo volvió los ojos hacia los bailarines.

Se fue sin responder, y dedicándome un ademán de despedida.

La seguí con los ojos hasta que la vi cruzar la puerta del club, camino de la calle. Me volví a mirar a Cinthia. Sus grandes ojos estaban prendidos en los míos cuando comentó:

—No me gusta esto, míster Darrell.

—¿Esto, o ésta, Cinthia?

Sus ojos chispearon.

—Esa rubia le ha metido en un lío, querido. Y no me gusta el lío ni ella.

—¿Por qué?

—¡Pero si es sencillo!

—No la comprendo a usted.

—Algunos hombres son completamente idiotas —fue la consoladora respuesta que obtuve, lo que no bastó para que unos segundos más tarde la tuviera entre mis brazos, en el centro de la encerada pista, bailando al compás de la pieza que la pequeña orquesta interpretaba en aquel momento.

Después nos fuimos; yo al volante.

No pronunciamos palabra en todo el trayecto hasta la calle 51, entre la Novena y Décima Avenida, donde Cinthia tema su apartamento.

Detuve el coche frente a la puerta de acceso a la escalera del edificio y ambos nos miramos en silencio por espacio de unos cuantos segundos.

Cinthia lo rompió con una pregunta:

—Si quiere una copa, míster Darrell —dijo—, suba conmigo.

Denegué con la cabeza y vi el asombro en sus ojos.

—Gracias de todos modos —repliqué—, pero por ésta noche ya he bebido bastante.

Abrí la portezuela, saltó sobre la acera y desde allí me miró, embragué, y salí a escape, dejándola, tal vez, aún más asombrada que cuando rechacé la invitación.

Conduje hacia la calle Trece Este, frente al número 1.204 detuve el coche, descendí, cerré la portezuela con llave, abrí la puerta de hierro que daba a la escalera y tomé el ascensor.

Piso catorce, apartamento 308, letra F.

Abrí la que daba acceso a mi apartamento, encendí la luz, cerré a mi espalda y rectamente me encaminé al bar instalado en el living.

Me preparé un whisky a pesar de lo que le había dicho a Cinthia, bebí un trago antes de tomar asiento en uno de los sillones, saqué el papel que Nora me diera y empecé a examinarlo.

Unos cuantos nombres que nada me decían, pero que podían haber significado mucho en la vida de Nancy Fletcher.

Y otro nombre más, el del teniente O'Brien del Departamento de Homicidios, aunque éste no estuviera incluido en la lista de Nora, pero sí en mi mente.

No me gustaba aquello sabiendo que O'Brien era el que llevaba el caso. No quería más roces con la policía, pero no tenía más remedio que hacerlo.

Pensé en Cinthia sin dejar de barajar mentalmente los nombres escritos en el papel. Hasta que me los aprendí de memoria. Entonces lo rompí en pequeños pedazos y me puse en pie para lanzarlos en la papelera.

Hecho esto regresé al sillón, junto al vaso de whisky, alargué la mano para tomarlo, me incliné un poco, y justo en aquel momento entró la bala de gran calibre, destrozando el cristal de la ventana que había frente a mí, bala que me rozó la cabeza antes de estrellarse contra el empapelado que cubría la pared que tenía a mi espalda.

Al segundo siguiente entró la otra, pero ya me encontraba en el suelo, fuera del ángulo de tiro, y con la «Colt Cobra» en la mano, pobre defensa contra uno de esos rifles automáticos, posiblemente provisto de silenciador, mira telescópica y visor nocturno.

Lentamente, arrastrándome, me fui acercando a la ventana, tratando de recordar vanamente cuáles eran los apartamentos que había vacíos al otro lado de la calle, si era desde allí de donde me habían disparado.

La alcancé y ahora me tocó dudar entre ponerme en pie o no hacerlo.

Opté por lo primero y me asomé adoptando precauciones. Frente a mí, las sombras de la noche y algunas ventanas, completamente iluminadas, en el edificio fronterizo y abajo, mucho más abajo, la calle con su tráfico, con sus peatones a pesar de la hora, y con sus mil y un anuncio cambiante, con sus escaparates aún iluminados.

Me aparté de la ventana, miré el destrozado cristal y a continuación di la espalda y me acerqué a examinar los dos agujeros que habían producido los proyectiles en la pared.

Pero no los toqué, tampoco llamé a la policía.

Meditaba sobre la identidad del posible agresor, en tan corto espacio de tiempo. ¿Acaso Alf Parris?

Me fui a dormir con aquel pensamiento en la mente.

3

CORA y Jeff Marlowe.

Vi a Cora apenas di la vuelta a la curva de la carretera. Es decir, un poco después, en bikini, tostándose al sol, junto a la piscina de su bien montada quinta, en la carretera 21.

Una quinta, distante de la de Nancy Fletcher..., como unas doscientas o doscientas cincuenta yardas.

Detuve el coche frente a la piscina cuando ella ya estaba abandonando la silla plegable en la cual permanecía sentada, y saqué la cabeza por la ventanilla.

—¿Mistress Marlowe? —pregunté.

Arqueó una de sus negras cejas y empezó a acercarse.

—Sí, yo misma —respondió, rozando el coche.

—Mi nombre es Darrell —dije—, y me gano la vida haciendo preguntas a la gente.

La expresión de su rostro no cambió.

—Lo que en otras palabras quiere decir que desea hacerme algunas a mí, ¿no?

—A míster Marlowe, si no tiene inconveniente en avisarle.

—No se encuentra en la casa —hizo una pausa y disparó—: Bien, ¿qué quiere?

Indiqué con un gesto el emplazamiento de la quinta de Nancy.

—Mataron a una mujer en aquella cabaña —dijo—. ¿La conocía?

Nada tampoco, en su rostro, me dijo si mi pregunta le había hecho mella o no.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Forcé una sonrisa.

—Ya se lo dije. Un tipo que hace preguntas.

—Sí, ya lo oí —hizo una pausa, muy ligera, e inquirió—:
¿Policía?

Forcé otra sonrisa.

—Algo parecido.

No lo esperaba, pero de un modo repentino, Cora Marlowe me mostró sus blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—¿Detective privado...?

—Sí, así es. Me pagan para investigar esa muerte.

—Bien, ¿y qué hace ahí, dentro de ese coche? Vamos, venga conmigo; tomaremos una copa.

Se apartó un poco, abrí la portezuela y salté al suelo.

Pero cuando lo hice, mistress Marlowe ya había dado media vuelta y se alejaba hacia la piscina.

La seguí pausadamente.

—¿No se sienta?

Lo hice, y con un ademán me indicó la botella que había a su lado, dentro de un cubo, y uno de los vasos que había sobre la mesa de mimbre también a su lado.

—Sírvase usted mismo, pesquisa —indicó.

Escancié licor.

Bebí un poco, y mientras bebía, contestó a mi anterior pregunta.

—Nos visitábamos a menudo, pesquisa. ¿O prefiere que le llame Darrell? Ese fue el nombre que me dio, ¿verdad?

Solté el vaso y la miré a los ojos.

Era hermosa y lo sabía.

—¿Oyó algo la noche en que la mataron?

Abrió mucho los ojos.

—¿Quiere decir si oí el ruido de los disparos?

Sólo se efectuó uno, según mis noticias, que podían o no estar equivocadas, pero no se lo dije.

Sencillamente respondí:

—Sí, así es.

—No. Y no le extrañe; míster Marlowe, mi marido, y yo, salimos aquella noche y no regresamos hasta pasadas las dos de la madrugada.

—¿Dónde estuvieron?

—Podría contestarle que a esa pregunta ya respondimos a la policía, pero no lo haré.

—¿No...?

Sonrió.

—Claro que no, Darrell. Estuvimos en Broadway, yendo de club en club, hasta que nos cansamos.

—¿Qué tal persona era miss Fletcher?

—Una mujer muy hermosa.

—No es eso lo que...

—Lo sé —me interrumpió—, pero es todo cuanto le puedo decir sobre ella.

—¿No puede o no quiere?

—Pongamos que no lo deseo. ¿Satisfecho?

No lo estaba, ni mucho menos, pero tampoco se lo dije.

—¿Algún hombre?

—¿En mi vida?

—Eso no cuenta ahora, mistress Marlowe —dije—. Me estoy refiriendo a su amiga. A Nancy...

—¿Un amante fijo...? No, no lo creo. Nancy era demasiado lista para complicarse la vida en eso.

—¿Por qué?

—Estuvo casada una vez.

Instintivamente me interesé.

—¿Y qué más?

—Nada más, Darrell. Nancy me lo dijo, pero no sé el nombre del ex marido, ni los motivos por los que llegaron a la separación, ni si éste vive o no. ¿Algo más? Volví a beber, hasta apurar el contenido del vaso, y me puse en pie.

—Gracias por el whisky —dije—. Y ahora, si no le molesta, una última pregunta: ¿Dónde puedo ver a míster Marlowe?

—¿A esta hora...? —vaciló un poco y continuó—: Posiblemente en sus oficinas de Wall Street... o en otra parte cualquiera. Con alguna rubia, pongo por ejemplo.

—¿Y eso no la preocupa?

—En absoluto, pesquisa. Soy así de... americana, si lo quiere entender.

No respondí. Hice un ademán de despedida, di media vuelta y me acerqué al coche, subí, maniobré y empecé a conducir hacia

Nueva York.

Tres cuartos de hora más tarde me detuve en una cabina telefónica, tomé el auricular y disqué.

—Agencia de detec...

—Soy yo, Cinthia —corté.

—¿Va a venir por aquí, míster Darrell?

—Sí. Pero sólo para recogerla a usted.

Contuvo la respiración; no la veía, pero estoy seguro de que lo hizo.

—¿Piensa llevarme a alguna parte?

—Sí.

—¿Y...?

—A comprarle a usted un vestido. No me gustan los que usa, y como jefe...

—Pero... Pero... Oiga, míster Darrell, ¿qué galimatías es ése?

Ni siquiera sonreí.

—Quiero comprarle un vestido. Si se decide, empiece ahora mismo a empolvase la nariz que voy a ir a buscarla a la oficina.

—¿Va a pedirme después que me lo pruebe en su presencia?

—Tal vez, querida —contesté.

Y corté la comunicación mucho antes de que lograra responderme.

Regresé al coche.

* * *

—¿Qué demonios...?

Pero se había empolvado la nariz.

La prendí de un brazo y vi la sorpresa en sus ojos.

—Vámonos —dije tirando de ella—. Se está haciendo tarde.

—¿Pero qué...?

—Se lo contaré por el camino.

Salimos sin más, y me coloqué frente al volante, embragué, y el coche empezó a rodar. 4 mi lado, Cinthia guardaba silencio.

Yo mismo lo rompí:

—¿No siente curiosidad por el vestido?

Me miró a través del espejo retrovisor.

—¡Claro que sí! —replicó—. Pero estoy esperando a que usted me diga el por qué.

Tardé varios segundos en contestar, y a continuación le dije lo

que quería de ella.

Al terminar sonreía, y sin perder su sonrisa preguntó:

—¿Es sólo eso lo que quiere de mí, míster Darrell?

—No.

—Entonces...

—Se lo diré más tarde, Cinthia.

No respondió y continué conduciendo hacia la Avenida Madison. Detuve el coche frente al número 296, abrí la portezuela, rodeé el coche al otro lado y abrí la otra para que Cinthia abandonara el coche.

—¿Entramos...?

Volvió a sonreír.

—Sí, claro —dijo—, sea por lo que fuere, no voy a perder la oportunidad de tener un vestido como ése.

Dio media vuelta y entré detrás de ella en aquella casa de alta costura.

Dos, tres pasos en su interior, tal vez cuatro, y una de las dependientas se nos acercó:

—¿Qué desean? —preguntó.

Guardé silencio, dándole toda la iniciativa a Cinthia, que le dedicó a la muchacha una de sus más cálidas sonrisas.

—Bueno, yo... —empezó vacilando— deseo ver a miss Mónica Owen.

—¿Para un vestido?

—Sí, así es.

—Creo, miss...

—Cinthia —repuso ella—. Cinthia Morris.

—Puedo atenderla yo misma. Para el caso es igual; miss Owen está muy ocupada.

Cinthia le dedicó otra de sus sonrisas.

—Escuche —dijo suavemente—, quiero hablar con ella. El modelo que quiero escoger es especial, y quizá en exclusiva. Por tanto, si no le avisa a miss Owen, yo... —vaciló un poco continuó al cabo de unos segundos—; Avísele, ¿quiere?

La muchacha dudó, también por espacio de varios segundos, hasta que por fin contestó:

—Veremos lo que puedo hacer, miss Morris. Perdonen un momento, por favor.

Dio media vuelta y desapareciendo por una de las innumerables puertas del fondo del espacioso local, nos dejó solos.

—¿Cómo he estado, míster Darrell? —preguntó mirándome a los ojos.

—Siga así, querida, y puede que al final le toque premio.

—¿Qué clase de premio? —quiso saber, con los ojos brillantes.

No pude responder, porque entonces la vi a ella.

Minifalda, muslos largos y perfectos, piernas sin medias, zapatos de alto tacón, y tanto o más rubia que la propia Nora Lancaster, pero difería en el color de los ojos, ya que los tenía pardos.

—¿Miss Morris...? —preguntó.

—Sí, así es —repuso Cinthia—. Perdone que la llamara a usted, pero se trata de... Bueno, ya se lo dije a una de sus empleadas. Del modelo de un vestido que voy a encargarle.

Entonces, cuando siguió hablando, me dejó de piedra, porque nada más mirar a miss Owen, comprendí que Cinthia sabía lo que quería, cómo lo quería, y según mi opinión particular, una de las clientes más difíciles que yo había visto.

Así lo estaba comprendiendo miss Owen, que al terminar Cinthia con su explicación, luego de lanzarme una fugaz mirada, preguntó:

—¿Puede decirme quién le recomendó mi tienda, miss Owen?

Por tercera vez en poco tiempo, Cinthia sonrió.

—Una cliente de usted —dijo con mayor suavidad—. Una muchacha llamada Nancy Fletcher, a la que mataron.

El rostro de miss Owen se nubló.

—Fue una lástima —dijo—. Era una de mis mejores clientes, y amiga mía.

Intervine en aquel momento.

—¿Muy amiga, miss Owen?

Desvió los ojos de Cinthia y me miró.

—Sí, bastante —replicó.

Ahora vacilé, sabiendo que mi siguiente pregunta la pondría en guardia, diciéndole claramente cuál era el verdadero motivo de mi visita allí, acompañado o no.

—¿Sabe algo de sus amistades? Intimas por supuesto. ¿Algún hombre en particular?

Frunció el ceño, nos miró alternativamente y ante mi estupor, se echó a reír.

—¿Es ése el vestido que...?

—Es sólo una parte, miss Owen —interrumpió Cinthia—. Lo del vestido es cierto como también lo es que míster Darrell, aquí presente, está buscando a ese asesino..., lo que como ve, le cuesta un buen montón de dólares, en ese... ese... que usted me va a hacer. Es... unas preguntas como compensación.

Miss Owen volvió a reír.

—Pasen conmigo, ¿quieren? —invitó, sorprendiéndome una vez más.

Nos llevó a su despacho, situado en la llamada trastienda y nos hizo sentar.

—¿Policía? —preguntó, dirigiéndose a mí.

—No —repuse—. Por lo menos no del modo que usted pueda creer, miss...

—Llámeme Mónica —me interrumpió—. Suena mucho mejor. ¿Decíamos...?

—Que no era policía, de modo que usted...

—En ese caso detective privado, ¿verdad?

—Sí, así es... Y miss Morris mi secretaria.

Nos dedicó una sonrisa.

—¿Qué desea saber, Darrell? —preguntó.

—Algunas cosas, si es que puede contestármelas.

—¿Como por ejemplo...?

—Sus amistades. Hombres sobre todo.

—Estuvo casada.

—Sí, lo sé. ¿Conoció a su marido?

—No. Ni siquiera sé si vive aún o ha muerto.

—¿Algún otro hombre? ¿Ahora...?

—No lo creo, a pesar de que se la había visto mucho con míster Parris y con míster Marlowe, este último de Wall Street. Pero no diga que yo se lo he dicho, porque lo negaría.

No respondí en unos segundos, mientras que a nuestro lado, Cinthia nos observaba con curiosidad.

4

Lo hice con una pregunta:

—¿No podría darme una idea?

Arqueé una de sus finas y elegantes cejas.

—¿Sobre la posible identidad del asesino? —preguntó a su vez.

—Sí, así es.

Denegó con la cabeza y añadió de viva voz:

—Lo siento, pesquisa, pero Nancy era poco comunicativa. Se puede decir... que si tenía amistades, aparte de lo que ya le he dicho, por lo menos a mí no me lo dijo.

Me puse en pie sin responder, y ambas me miraron con asombro.

—La dejo en sus manos —dije.

Cinthia intervino en aquel momento.

—No irá a dejarme sola, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —repuse—. Usted, Cinthia, quería un vestido, ¿no es así? Pues ya lo tiene —tendí la mano a Mónica que se reía, nos las estrechamos y añadí—: Espero volver a verla.

—¿Con segunda intención?

—Tal vez..., aunque no por lo que usted pueda suponer, querida.

Di media vuelta y me alejé hacia la puerta, crucé el umbral sin volver la cabeza, la tienda, y luego la que daba acceso a la calle.

Empuñé el volante y conduje hacia mi oficina, dejando las restantes visitas para la noche o para el día siguiente.

Apenas desembocar en la calle me di cuenta de que los problemas empezaban para mí, y me pregunté por qué, y sobre todo a qué se debía aquella visita, intempestiva de todo punto.

El largo, negro y potente «Mercury» de la policía estaba estacionado frente a la puerta del edificio donde tenía instaladas mis oficinas, pero en la acera opuesta.

Detuve el mío, tres o cuatro yardas por detrás del «Mercury», y a través de la ventanilla observé la pareja de policías que estaban montando guardia a ambos lados de la puerta.

Encendí un cigarrillo y descendí del coche.

Crucé la calle, y al empezar a hacerlo me di cuenta de que otra pareja estaba tratando de alejar a algunos curiosos que empezaban a estacionarse por los alrededores.

Alcancé el portal, los policías me miraron de pies a cabeza, pero no pronunciaron ni una sola palabra ni tampoco hicieron nada para impedirme el acceso al mismo.

Alcancé el ascensor.

Había otro policía junto al armatoste mecánico y me dije que el teniente O'Brien había desplegado bastante actividad para... ¿Para qué?

Era una pregunta que no tenía respuesta de momento.

Entré en el ascensor, pulsé el botón correspondiente y tres minutos más tarde me encontraba caminando por el pasillo hacia mi despacho.

Les vi antes de llegar.

Uno a cada lado de la puerta, también de uniforme, y fruncí el ceño, sabiendo ya que aquellos venían por mí, y me pregunté por qué.

Lentamente llegué hasta los dos, les miré al advertir que la puerta estaba abierta, por lo que sin pronunciar una sola palabra traté de entrar.

No me dejaron.

—No se puede pasar ahí, ¿comprende?

Mirándoles alternativamente respondí:

—¿Ocurriría lo mismo si les dijera que el despacho es mío?

Se miraron entre sí, hasta que uno de los dos preguntó:

—Don Darrell, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Bueno, pase, pesquisa. El teniente desea verle. Se puede decir que le estaba esperando desde hace... unos cuantos minutos.

No respondí, crucé el umbral, y entonces le vi, junto a otro

policía vestido de uniforme.

Pero sobre todo, el bulto que había en el suelo, cubierto con una sábana que de momento no pude saber de dónde la habría sacado el teniente.

Alto, fuerte y musculoso, un tanto desgarrado y de irnos cuarenta y cinco a cincuenta años de edad.

Este, en líneas generales, era el teniente Peter O'Brien del Departamento de Homicidios de Nueva York.

Sus ojos oscuros, casi negros, se clavaron en los míos, y de los dos, fue el que primero habló:

—¿No tiene nada que preguntarme, Darrell?

Me encogí de hombros.

—Usted llegó primero, teniente —repliqué.

Y me dejé caer en una de las sillas, mirando a mi alrededor, mirada que O'Brien interrumpió:

—¿Conoce a ese hombre?

—¿Qué hombre? —inquirí a mi vez.

—No está en situación de hacerse el gracioso, Darrell. Vamos, póngase en pie y eche un vistazo a eso.

Lo hice lentamente, preparado para cualquier eventualidad, y lentamente también, destapé el cadáver.

He dicho que estaba preparado para cualquier eventualidad, y era verdad, aunque nunca para aquello. Frente a mis ojos, con un balazo en el centro de la frente, se encontraba Alfred Parris, el amigo de Nora Lancaster, por lo que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para que ninguno de los dos se diera cuenta de la impresión que aquello me causaba.

—¿Conoce a ese hombre?

Era la misma pregunta anterior, pero formulada en tono distinto, por lo que tapé el cadáver y le miré atentamente mientras que sin saber lo que me impulsaba a hacerlo, mentí:

—No. No le he visto en mi vida. ¿Cómo lo encontró, teniente?

—¿Usted no lo sabe?

Me dejé caer en la silla.

—No, si usted no me lo explica —respondí.

—Le mataron.

—Eso ya lo he visto.

—¿Lo hizo usted, Darrell? Si es así, ¿por qué?

No me hizo gracia ni su pregunta ni su modo de formularla.

—¿Me está pidiendo una coartada, teniente?

—¿Y por qué no? ¿Qué hizo..., pongamos desde las ocho de la mañana hasta esta hora?

Pensé en mistress Cora Marlowe, pensé en muchas cosas más y respondí:

—Vine desde mi casa hasta aquí, teniente.

—¿Y...?

—Siento decepcionarle, pero mi secretaria y yo nos fuimos a comprarle un vestido. Ella quedó con la modista y yo me vine para acá... para encontrarme con esto —le miré fijamente y pregunté—: ¿Quién es el muerto? ¿Lo sabe?

—Un tal Alfred Parris, según consta en su tarjeta de identidad. Ahora... —el aullido de la sirena de la ambulancia le interrumpió durante unos segundos y luego, cuando aquélla calló, añadió—: Voy a verificar todo eso, Darrell, y espero que no me haya mentido.

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—Cuando sepa la respuesta a esa pregunta, pesquisa, volveremos a vemos.

Fue a decir algo más, pero la entrada de los del servicio sanitario se lo impidió. Casi en el acto se llevaron el cadáver de Parris y ambos, una vez más, quedamos frente a frente.

—¿Dónde fue su chica, Darrell?

—Si se refiere a mi secretaria, debo decirle que no es por ahí ni mucho menos —le di las señas de miss Owen y pregunté—: ¿Algo más, teniente?

—No, por el momento no —replicó. Hizo una pausa y añadió—: ¿No quiere saber cómo nos encontró aquí?

—Creí que ya me lo había dicho. ¿O no fue así, teniente?

—Recibimos una llamada anónima, por supuesto...

—Por supuesto, teniente —interrumpí.

Y él continuó, exactamente como si no me hubiera oído:

—Nos dijeron que estaba ocurriendo algo en el interior de esta oficina, y vinimos. Y a propósito; ese Parris, ¿cómo pudo entrar aquí, Darrell? ¿O es que tenía una llave sin que usted lo supiera?

La pregunta era irónica, por lo que respondí:

—¿Usted no lo sabe, teniente? Sin embargo, cobra un sueldo por averiguar esas cosas, ¿no?

No me respondió; dio media vuelta, alcanzó la puerta, cerró a su espalda y me dejó solo con los ojos fijos en la mancha de sangre del suelo que cada vez se iba volviendo más oscura.

Abandoné la silla, abrí el cajón central de la mesa despacho, tomé la botella de whisky y empecé a beber sin molestarme en ir a buscar un vaso.

Meditaba, y de resultas de aquellas meditaciones alargué la mano, tomé el teléfono y disqué.

—¿Sí...? ¿Dígame...?

Nora Lancaster se encontraba al otro lado del hilo.

—Soy Darrell, miss Lancaster —dije.

Di una ahogada exclamación y luego su pregunta:

—¿Ocurre algo?

—Sencillamente, que me gustaría hablar con usted. ¿Dónde podemos vemos?

—¿Ahora?

Consulté el reloj.

—Podemos dejarlo para la noche —dije—. ¿Dónde?

Nora vaciló por un breve espacio de tiempo y luego contestó:

—¿Qué le parece a las diez en el Bahía? Es un club que...

—Allí estaré.

Corté la comunicación pensando en el teniente O'Brien y en que no me gustaba cómo se habían desarrollado las cosas hasta el momento presente. Pensando también en el asesinato de Alf Parris.

Preguntándome cómo había venido hasta allí, a mi despacho y para qué, y sobre todo, quién era su asesino. ¿El mismo que ya matara a Nancy Fletcher?

La repentina pregunta de Cinthia me sobresaltó:

—¿Puedo saber en qué está pensando, míster Darrell?

Levanté los ojos del fondo del vaso y la miré.

Cinthia se encontraba recostada contra el marco de la puerta, mirándome entre seria y burlona, hasta que desvió los ojos y vio la mancha en el suelo.

Entonces se sobresaltó.

—¿Qué... Qué ha ocurrido, míster...?

—Mataron a un hombre, Cinthia —dije—. El teniente O'Brien se llevó su cadáver.

Avanzó unos pasos, sin dejar de mirar el lugar marcado con tiza,

como fascinada por el dibujo y pregunté:

—¿Quiere un trago, muchacha?

—Creo... Creo que me está haciendo falta.

—Traiga un vaso.

Me puse en pie, tomé la botella y el mío, más que mediado de licor, y abandoné el despacho para a continuación entrar en el de mi secretaria, donde me senté.

Allí me encontró tres o cuatro minutos más tarde.

Escancié licor para ella.

—¿Más tranquila, Cinthia? —pregunté.

Me sonrió.

—Sí, así es —hizo una pausa y preguntó—: ¿Cómo ocurrió?

—La verdad es que no lo sé. Al parecer el muerto vino aquí, y logró entrar sin que hasta ahora sepa cómo pudo hacerlo. No sé ni a lo que venía ni por qué le mataron, a no ser que conociera la identidad del asesino de Nancy Fletcher.

—¿Por qué tenía que conocerla?

—No lo sé, Cinthia. Es... sólo una suposición. El muerto se llamaba Parris, ¿recuerda? Y Parris estuvo hablando con nosotros y con miss Lancaster anoche mismo.

—¿Y eso dónde nos deja, míster Darrell?

Fue entonces cuando me aventuré.

—Tal vez se lo explique si me da un beso, Cinthia.

Me miró con gesto escandalizado.

—Pero... Pero... ¡Míster Darrell! ¡Que son horas de oficina!

—Entonces...

—Sea un buen chico, cuéntemelo, y al final...

—¿Qué? —pregunté esperanzado y en vista de que se interrumpía.

—Al final se quedará sin el beso. Eso por descontado.

—¿Me lo daría si le pusiera un anillo en el dedo?

Contuvo la respiración y sus firmes pechos se marcaron fuertemente bajo la blusa que llevaba.

—¿Qué clase de anillo, míster Darrell? —preguntó.

Y su voz era ronca.

—Venga aquí y se lo mostraré —dije.

Se me acercó, pero no mucho.

—Deme la mano, ¿quiere?

—¿Qué intenta? ¿Sentarme en sus rodillas?

—No —negué—. No por el momento, querida. ¿Me da la...?

Lo hizo y la tomé entre la mía.

Estaba temblando.

—En este dedo, pongo por caso —continué.

Se soltó, dio media vuelta, tomó el vaso de whisky, bebió un poco y me enfrentó abiertamente.

—¿Es... Es el precio del vestido?

Volví a negar.

—No —dije.

—En ese caso, míster Darrell, se está burlando de mí.

—¿Cómo estás tan segura, Cinthia? —la tuteé, lo que hizo que me mirara con los ojos muy abiertos.

—Por favor..., dejemos esto, ¿quiere?

—Si lo deseas así...

—Sí, así es.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio que a mi vez aproveché para beber y seguí:

—Estábamos hablando de Alf Parris, de que le mataron ahí, en mi despacho, y de la visita del teniente O'Brien.

—¿Qué le dijo?

—¿A O'Brien? Pues que estuvimos juntos. Tuve que darle también las señas de la modista.

Sonrió.

—Ese vestido va a costarle un buen pico, jefe.

No hice caso y proseguí:

—Tengo una cita para esta noche, Cinthia. Por tanto te llevaré a cenar —continué tuteándola—, luego a tu apartamento y me largaré.

—¿Una mujer?

—Sí. Cora Lancaster.

No dijo nada, sólo me miró, bebió hasta terminar con el whisky, se puso en pie e invitó:

—¿Nos vamos ya?

La imité y salimos camino de la calle.

Pensando en que al día siguiente, antes de que llegara Cinthia, alguien, la mujer de la limpieza en este caso, tendría que arreglar un poco el despacho. No es muy agradable trabajar en el interior de

una oficina con un muñeco de tiza pintado en el suelo, representando el cadáver de un hombre o el de una mujer. Por lo menos no para mi secretaria.

5

VI a Nora Lancaster sobre las diez y media de aquella misma noche, y a alguien más.

Los tres sentados a una mesa, cerca de la encerrada pista del Bahía, con los altos vasos de whisky frente a ellos, y no me gustó, porque adiviné que el hombre que se sentaba entre las dos, era ni más ni menos que Jeff Marlowe.

Avancé unos pasos y mi sombra se proyectó sobre la mesa. Los tres me miraron al mismo tiempo, pero sólo fue Nora la que me sonrió en tanto que el semblante de mistress Marlowe permanecía impassible, exactamente como si no me conociera, como si no me hubiera visto nunca.

—Hola, Darrell —saludó—. Siéntese con nosotros, ¿quiere?

Aparté una de las sillas y lo hice, a su lado, clavando los ojos en el matrimonio Marlowe, en tanto que Nora iniciaba las presentaciones.

Terminadas éstas, se puso en pie y preguntó:

—¿Me invita a bailar?

Asentí en silencio, la imité, hice un gesto de cabeza en dirección a Cora y llevándola enlazada por la cintura nos encaminamos al centro de la pista.

De los dos fui yo mismo quien rompió el silencio.

—Creí que la encontraría sola, miss Lancaster.

—Me parece que me llamaba Nora, ¿no? ¿O entendí mal? En cuanto a lo demás... Bueno, ellos ya se encontraban aquí cuando llegué. Me vieron, me invitaron a su mesa, y me vi en la necesidad de aceptar —me miró atentamente y añadió—: ¿Qué era eso tan

importante que tenía que decirme, pesquisa?

Respondí pregunta con pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto a su amigo Parris?

—¿A Alf? Bueno, creo que desde anoche cuando se marchó de aquí. Usted estaba presente según recuerdo.

—¿En ningún otro momento, Nora?

—Oiga, pero... ¿A qué viene tanta pregunta?

—Son las mismas que va a hacerle la policía a no tardar, querida —respondí.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Mataron a Parris, y en el interior de mi despacho. De un tiro.

Perdió un par de pasos de baile y balbució:

—¡Es... men... tira! ¡Está tratando de asustarme!

—Lea los periódicos de mañana o los de esta noche, Nora, y creo que lo verá en primera plana —y disparé la pregunta sin transición alguna—: ¿Dónde fue anoche luego de que nos separamos?

—A mi casa.

—¿Sola?

—Claro que sí. ¿Pero qué...?

—Escuche, Nora, la policía averiguará más tarde o más temprano que usted me contrató para que descubriera al asesino de una amiga suya. Horas más tarde, un hombre que de un modo u otro está relacionado con usted, también muere violentamente. Empezarán a atar cabos, y le van a hacer pasar un mal rato. ¿Por qué no me lo cuenta todo, muchacha?

Hubo una ligera pausa mientras continuábamos bailando, pausa que rompió la propia Nora.

—No hay nada más que lo dicho, Darrell. No vi a Alf después de que nos dejó solos en el club. En cuanto a Nancy... Era mi amiga y nada más. Divorciada, si lo quiere así, pero como le dije, no conozco ni a su marido ni a...

La interrumpí, cambiando de conversación, sorprendiéndola.

—¿Qué hay de esa pareja?

Arqueó una ceja.

—¿Qué pareja?

—Míster y mistress Marlowe, querida.

Sonrió.

—Sólo lo que le dije. Me los encontré aquí...

—No es eso lo que deseo preguntarle, Nora.

—¿No...?

—No, y usted ya lo sabe.

Vaciló un poco antes de responder:

—Sí, creo que sí. Ella es... otra de mis amigas. En cuanto a él, uno de esos magnates de Wall Street.

—Eso ya lo sabía. Me refiero...

—Sé a lo que se refiere, Darrell —cortó—. A la clase de personas que son, ¿verdad?

—Sí, así es.

Se encogió de hombros.

—Cora tiene amigos sin que con esto quiera decir que hay uno en preferencia, ¿comprende? Le gusta ir de un lado para otro, y nunca sola. Desea ser acompañada en todo momento, y la verdad es que lo consigue.

—¿Qué dice de eso míster Mario...?

El bailable terminó en aquel momento y Nora se soltó de mí, sin responder a mi última pregunta, por lo que en silencio regresamos a la mesa.

Nos sentamos, y apenas si lo hube hecho, me sorprendió la pregunta de míster Marlowe, ya que cuando Nora nos presentó, no mencionó, ni mucho menos, mi profesión.

—¿Usted es uno de esos... de esos... Bueno, un detective privado, ¿no?

—Sí, así es —repuse—. ¿Quién se lo dijo?

Desvió los ojos hacia el semblante hermoso e inexpresivo de Cora.

—Mi mujer. Creo que estuvo molestándola, pesquisa, y eso no me gusta. Corre el riesgo de perder la licencia.

—¡Jeff!

Volvió a mirarla.

—Te suplico me perdones. Cora —dijo—, pero este asunto lo llevo yo —desvió los ojos hacia los míos—. Le estaba diciendo...

—Algo que ya me ha dicho mucha gente, míster Marlowe —corté, disparando a continuación la pregunta, sin transición alguna—: ¿Dónde se encontraba usted cuando mataron a miss Nancy Fletcher?

—¿Y qué cuernos le importa a usted?

Había enrojecido un poco y advertí que las venas de su cuello y frente empezaban a hincharse.

—¿A mí...? Nada por supuesto, pero creo que al teniente O'Brien del Departamento de Homicidios sí le interesará saber en qué empleó su tiempo.

Se puso en pie y Cora le imitó.

—No voy a contestar a ninguna de sus preguntas, sea o no amigo de Nora, ¿comprende? ¡Ah!, y no nos moleste más. Es un consejo.

Dio media vuelta, tocó a Cora del brazo y ambos iniciaron la salida del club.

Les seguí con la vista hasta que Nora dijo a mi lado:

—Siéntese, pesquisa, o será verdad que esos dos nos han estropeado la noche.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Pero es que vamos a continuar?

Me sonrió.

—Me aburro sola a partir de esta hora hasta el día siguiente.

—¿Y ha pensado en mí para... pongamos para divertirse?

Se echó a reír.

—¿Y por qué no? —preguntó a su vez—. Es decir, si esa hermosa secretaria que tiene no significa...

Hice un gesto y se interrumpió.

—¿Bailamos?

Dijo que sí, mirándome con curiosidad, y de nuevo la llevé a la pista.

Eran las dos y cinco minutos de la madrugada cuando abandonamos el club, y la conduje a su apartamento.

—¿Sube conmigo, Darrell? —preguntó, cuando ya nos encontrábamos sobre la acera, frente a la puerta que daba acceso al edificio donde lo tenía instalado.

Recordé la misma pregunta en boca de Cinthia y negué con la cabeza, viendo el asombro en sus ojos.

—Puede quedarse si quiere —dijo.

—¿Con usted?

Me mostró los blancos y perfectos dientes en una sonrisa.

—Sí, claro. Por lo menos eso es lo que creí que pasaría.

Volví a denegar, le lancé un beso con la punta de los dedos, di media vuelta, subí al coche y arranqué.

Hora y media más tarde me encontraba en el interior de mi departamento, en el dormitorio, con un vaso de whisky en la mano, sentado en el borde de la cama, y con el pensamiento puesto en todo aquello y en las visitas que tenía que efectuar al día siguiente.

Y en la amenaza de Jeff Marlowe, casi tanto o más que en la figura del teniente Peter O'Brien del Departamento de Homicidios.

6

CINTHIA me sonrió desde el otro lado de la mesa, tan pronto como me vio entrar.

Me acerqué sin querer mirar mucho por debajo de aquélla, donde la minifalda mostraba los esbeltos y bien torneados muslos de la muchacha, casi en su totalidad, pero ella no me dejó terminar con el movimiento.

—En su despacho tiene una visita, míster Darrell —dijo.

Me interesé en el acto.

—¿Quién es? —pregunté, pensando en el teniente O'Brien.

—No me dio su nombre, pero parece ser alguien importante.

Terminé de acercarme a la mesa y me incliné.

Cinthia no se movió a pesar de que sé que adivinó lo que seguiría a continuación.

—¿Sí...? —fue lo que dijo.

—Hace mucho tiempo que deseo hacer esto contigo, muchacha —dije inclinándome más sobre sus labios, que besé.

No respondió a la caricia, pero tampoco dijo nada en contra. Sencillamente se limitó a repetir:

—En su despacho tiene una visita, míster Darrell.

—Sí, es cierto —repliqué—. Perdona, pero lo había olvidado.

Di media vuelta y sin esperar contestación empujé la acristalada puerta y entré, para quedarme completamente inmóvil con los ojos fijos en el que en aquel momento, abandonando el sillón en que se sentaba, se ponía en pie, enfrentándose abiertamente.

De los dos, y a pesar de la sorpresa que sentía, fui yo el que primero tomó la palabra.

—¿Piensa que continuemos con la discusión de anoche? — pregunté.

—No. No vine aquí para eso.

—¡Ah!, ¿no? —dije—. Bien, siéntese, ¿quiere?

Lo hizo, rodeé la mesa de mi despacho y me senté al otro lado.

Nos miramos en silencio, que míster Marlowe rompió con una pregunta:

—Sorprendido, ¿verdad?

Lo estaba, por lo que no dudé en confesarlo así, y entonces, sorprendiéndome aún más, añadió:

—Vine a contratar sus servicios, si es que puedo, Darrell.

De momento no contesté; pensaba hasta que de un modo repentino traduje en palabras parte de mis pensamientos, que por el momento se redujeron a una simple pregunta:

—¿Por qué?

—Estoy en peligro.

Aquello no cuadraba ni poco ni mucho con su actitud para conmigo en la noche anterior y mientras que in mente me preguntaba a qué era debido aquel cambio, inquirí de viva voz:

—¿Qué clase de peligro? ¿Acaso teme que le maten?

—No es ése el miedo que tengo. No; ni mucho menos.

—Entonces...

—Es muy otro. Sé que voy a meterme en un lío, y quiero que si esto ocurre, me saque de él. ¿Comprende?

—Sólo en parte —respondí sin faltar a la verdad—. ¿Qué clase de lío es el...?

—Perdone, Darrell, pero eso no se lo diré hasta que llegue el momento, si es que en realidad llega alguna vez. Por tanto y por lo pronto, si va a hacerse cargo del asunto, le daré cinco de los grandes ahora, y otros cinco cuando me saque de él.

—Supóngase que a pesar de mis esfuerzos no logro sacarle del embrollo. Entonces, ¿qué ocurrirá?

—Cobraré sólo los cinco mil de ahora. ¿Cuál es su respuesta?

Fingí dudarle por espacio de unos segundos y repliqué:

—Correcto, míster Marlowe. Y ahora, ¿qué debo hacer?

—Tomar esos dólares y esperar.

Introdujo la mano en el bolsillo de la americana, extrajo un abultado fajo de billetes, separó cinco de mil, me los dio, y se puso

en pie.

—Mi secretaria le hará un recibo por esa cantidad, míster Marlowe —dijo.

—No hace falta.

Abandonó el despacho sin volver la cabeza hacia atrás, cruzándose con Cinthia que entraba en aquel momento.

—Le llaman al teléfono, míster Darrell —dijo.

—Pásame la comunicación aquí, pero antes dame un beso.

No se dignó responder, con gesto olímpico me dio la espalda y unos segundos más tarde, el timbre del cacharro que tenía sobre la mesa de mi despacho empezó a sonar. Levanté el auricular.

—¿Sí...?

—¿Dónde podríamos vernos, pesquisa inteligente?

Era la voz de miss Owen, por lo que respondí:

—¿Ahora...?

Hubo un pequeño lapsus de silencio que se rompió a los pocos segundos cuando me dio la respuesta:

—Si es un buen chico y me invita a comer, puedo esperarle en el Mogambo Hotel, en la calle Diecisiete, esquina con Broadway. ¿Qué le parece, Darrell?

Pensé en los cinco mil dólares de Marlowe y respondí:

—¿A qué hora?

—Sobre la una, si le parece bien.

Me parecía de perlas, pero no se lo dije. Simplemente respondí, luego de lanzar una fugaz mirada a la esfera de mi reloj de pulsera:

—De acuerdo, miss Owen, allí estaré.

Cortó la comunicación sin pronunciar una sola palabra más. Del cajón de la mesa saqué la botella de whisky, tomé un trago pensando en que aún me quedaba más de hora y media para la cita, justo en el momento en que Cinthia hacía su aparición viniendo de su despacho.

—¿Piensa encargarle otro vestido? —preguntó.

—¿Para ti?

Hizo una mueca.

—No, para ella misma y... Bueno, míster Darrell, me gustaría saber qué es lo que está tramando.

—¿Quién trama algo?

—Miss Owen, por supuesto —respondió dejándome frío, pero no

sorprendido porque hubiera estado escuchando nuestra conversación desde el otro aparato telefónico instalado en su despacho.

—Si no te explicas mejor...

—Vaya a esa cita y cuando regrese, si es que llega a tiempo, se lo contaré —fue la extraña respuesta que obtuve de sus labios.

Me dejó solo antes de que pudiera responder.

Bebí otro poco más, consulté el reloj, me puse en pie después de guardar la botella, tomé el sombrero del perchero, me lo encasqueté, adjuntamente con la americana, y salí a la calle, saludando de pasada a Cinthia, que no se dignó mirarme.

Tomé el volante y empecé a conducir.

Eran las doce y cinco minutos cuando detuve el automóvil frente a la puerta del Mogambo Hotel; descendí, crucé la acera y entré.

Miss Owen me hizo una seña desde el otro lado de la mesa donde se sentaba, junto a una de las ventanas del restaurante del hotel, y me acerqué precedido por una' de las camareras.

Me senté y pedí un Martini, viendo que ella tenía otro al alcance de su mano.

—¿Importante? —pregunté.

—Eso no soy yo quien debe decirlo, Darrell, sino usted..., cuando le cuente algo que he sabido no hace poco.

—¿Y es...?

Ante mi atenta mirada tomó la copa, se la llevó a los labios y bebió un poco y contestó al depositarla nuevamente sobre la superficie de la mesa:

—Estuve hablando con mistress Marlowe, ya sabe.

No sabía nada, pero dije que sí, mientras me preguntaba si Cora Marlowe era también cliente suya.

Lo era, pues miss Owen continuó, sin una sola pausa:

—Vino a probarse un vestido... y vio el que le estamos haciendo a su secretaria, Darrell. Eso suscitó la conversación.

Callé, sabiendo que ella esperaba cualquier clase de comentario mío, no deseando dar facilidades, por lo que añadió, tras un breve silencio:

—Su marido acarrea problemas.

Ahora sí me vi en la necesidad de preguntar:

—¿Qué clase de problemas y a quién?

—Bueno, a Cora, según sus propias palabras.

Sin saber a dónde quería ir a parar, inquirí:

—¿Por qué?

—Era muy amigo de Nancy Fletcher, ¿comprende?

—¿Qué tal de amigos?

—Eso, pesquisa, jamás se dice..., por lo menos en boca de Cora, si me entiende usted. Podían ser muy amigos o no, pero eso Cora, aunque lo sepa, jamás lo dirá.

—¿Y...?

Creí que no me entendería, pero no fue así, ya que respondió:

—Su marido no estuvo en casa la noche en que mataron a Nancy.

Sufrió un sobresalto que miss Owen no advirtió.

—¿Quiere decir que estuvo ausente de su domicilio durante toda la noche?

—Sí, así es. Le pregunté que dónde, pero contestó que no lo sabía, que no le había preguntado, temerosa de un altercado.

—En otras palabras —indiqué—: que mistress Marlowe sospecha de su marido como posible asesino de...

—Ella no me ha dicho eso, Darrell.

Le di la razón.

—No, desde luego no, pero es así, o usted, miss Owen, jamás me hubiera citado, a no ser que desee que le encargue otro vestido para mi secretaria.

Se echó a reír.

—Sí, confieso que es así..., y por eso decidí llamarle. Era menester que hablara usted con míster Marlowe, y que éste tratara de explicar dónde estuvo la noche del asesinato de Nancy.

Recordé entonces la conversación que sostuve la noche anterior con él y la de no hacía muchas horas, aquella misma mañana, esta última en mi despacho, y estuve a punto de sonreír.

—Trataré de hacerlo —dije—, pero no creo conseguir nada.

—Es lo que he supuesto que me diría..., y creo que está en lo cierto, pero con intentarlo no se pierde nada.

Una vez más, miss Owen llevaba razón.

—Estoy recordando algo, Darrell —añadió.

—¿Y es...?

—Me llamaba Mónica, ¿verdad?

Sonreí sin poderlo evitar.

—Sí, así es —respondí, para preguntar a continuación y en brusca transición—: ¿Hace mucho que conoce a mistress Marlowe?

Arqueó levemente una de sus cejas.

—Algo más de dos años —replicó—. ¿Por qué?

—Porque siendo así, podría decirme algo más de ella.

Tomó la copa, terminó con el Martini sin dejar de observarme por encima del borde de cristal y respondió al terminar:

—¿Qué quiere saber?

—En concreto, si es cierto que le gusta ser acompañada por los hombres.

Su sonrisa se amplió hasta lo indecible.

—¿Y a qué mujer no? —preguntó a su vez.

Lo que no me decía lo que quería saber.

—¿A usted también?

—Desde luego.

—¿Con límites?

—Sin límite alguno, cuando el hombre me gusta.

—¿Igual que mistress Marlowe?

Frunció el ceño.

—Creo, Darrell —comentó—, que está usted resultando un tipo demasiado listo para mí.

—Eso es lo que dicen cuántas personas me conocen, querida —respondí, lleno de burlona jactancia.

La respuesta que indudablemente pensaba darme la interrumpió la llegada de las camareras con el menú que Mónica había encargado previamente, y empezamos a comer en silencio, sin dejar de observarnos mutuamente, hasta que lo rompí con una pregunta, que era una continuación de las anteriores:

—¿Nada más respecto a mistress Marlowe?

—Nada más, ¿qué?

—¿Un amante posible?

—No, no lo creo.

No respondí; continué comiendo y pensando.

Mónica rompió el silencio de un modo repentino:

—¿Puedo hacerle una pregunta, Darrell?

—¿Y por qué no? —repliqué.

—¿Quién le pagó para que removiera todo esto? ¿Puedo

saberlo?

—Eso son dos preguntas.

—Sí, pero la una es consecuencia directa de la otra. ¿Puedo?

—Es ética profesional, querida —repuse.

—¿No sería Nora?

Confieso que me sorprendí un poco.

—¿Por qué precisamente Nora?

—La respuesta es obvia, Darrell. Nora era amiga íntima de Nancy. Se puede decir que entre las dos no había secreto alguno.

No eran ésas mis noticias, si daba crédito a las palabras de la propia Nora, pero me guardé muy bien de hacer comentario alguno al respecto.

Repliqué:

—¿Y sólo por eso...?

—Podría serlo —me interrumpió—. Ella o el propio Marlowe.

—¿Marlowe...?

—Eso también es obvio, si aquella noche, como sospecho, se encontraba en la quinta de Nancy.

La miré pensativamente.

—Creo, Mónica, que voy a tener una nueva conversación con míster Marlowe.

Pensaba en los cinco mil dólares que me diera para tratar de sacarle de un lío, según sus propias palabras, y me pregunté qué clase de lío sería aquél. ¿Acaso por los motivos que Mónica expresaba sin recato alguno?

Nancy había muerto por... ¿Por qué la mataron? Si fue Marlowe, ¿qué causas motivaron el que se decidiera a hacerlo?

De tratarse de Alfred Parris, el amigo de Nora... Bueno, cabía en lo posible que su amistad por mi cliente se extendiera hacia Cora y que Marlowe, despechado, la pasaportara.

Aquello cabía en lo posible. Ahora, lo que entraba en mi cabeza, o, mejor dicho, lo que lograba entender, era la conexión que había entre Nancy Fletcher, Cora Marlowe y su marido, si era éste, en verdad, el que había cometido los dos asesinatos.

Entretanto, Mónica callaba y continuaba cenando, por lo que me limité a seguir pensando y de este modo, sin pronunciar ni una sola palabra más, dimos cuenta de la cena.

Al terminar, siempre en silencio, Mónica se puso en pie.

La miré un tanto sorprendido, sin moverme de la silla en que me sentaba.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunté.

Me mostró sus dientes como perlas en una cálida sonrisa.

—Podemos dar un paseo en coche hasta mi apartamento, Darrell. Puedo invitarle a una copa, si lo desea.

No respondí, pero la imité.

Unos segundos más tarde nos encontrábamos en la calle, yendo hacia el coche de ella, un «Mercedes Benz» pintado en blanco que examiné con ojo crítico.

—Puede dejar el suyo aquí y recogerlo mañana, Darrell —dijo, abriendo la portezuela.

Me encogí levemente de hombros y tomé asiento a su lado, que se colocó frente al volante.

Embragó, despegó suavemente el coche del bordillo de la acera y empezamos a rodar por Broadway buscando la calle Diecisiete.

Desde allí hasta la Greenwich Avenue no pronunciamos palabra.

Lo hizo ella justo en el momento en que lo detuvo.

—Hemos llegado, Darrell —dijo—. ¿Va a subir?

Deseché el pensamiento de Cinthia y respondí:

—De acuerdo, pequeña, un buen whisky nunca viene mal.

Utilizamos el ascensor hasta el decimonoveno piso y la seguí por el ancho y lujoso pasillo hasta que se detuvo frente a una de las puertas.

No me fijé en cuál; ni siquiera en el movimiento que hizo para abrir el bolso y luego la puerta que daba acceso al interior del apartamento, pero sí en la minifalda cuando se sentó frente a mí, en uno de los sillones leí living, luego de haber preparado un par de whiskys.

7

PREGUNTÉ tan pronto como hube bebido un poco:

—¿No va a ir esta tarde a la tienda?

Sonrió.

—Iré más tarde, Don —repuso, tomando el vaso.

—Y entretanto, ¿cuál va a ser el tema de la conversación?

—¡Oh! —exclamó—. Podemos continuar hablando de cadáveres, si es que le parece bien.

—¿Y por qué no de usted, Mónica?

Arqueó levemente una ceja, como si se hubiera sorprendido por mi respuesta, y luego inquirió, tal vez un tanto burlona:

—¿Delimitando el terreno, Don?

—Usted dijo que no habría limitaciones —repliqué.

Mónica bebió un poco antes de contestar.

—No las habrá, querido —hizo una pausa y continuó al cabo de unos segundos de silencio, que no interrumpí—: ¿Qué quiere saber de mí?

—Sus amistades.

—¿Masculinas?

—Sí, si las tiene.

—Toda mujer tiene más o menos amistades, Don, y, eso ya lo sabe usted.

—¿Alguna en particular?

—¿Se refiere a un amante?

—Sí, así es.

Denegó con la cabeza y acto seguido añadió de viva voz:

—Si fuera así, tenga por seguro de que usted no estaría aquí, en

mi apartamento, a solas conmigo.

No respondí de momento.

El argumento aplastaba por lo convincente.

Terminé con el whisky de un trago y pregunté:

—¿Dónde se encontraba usted cuando mataron a Parris y a Nancy, Mónica?

Esperaba un estallido, pero no se produjo, sino todo lo contrario, ya que su sonrisa se amplió.

—Aquí, y completamente sola..., lo que no me gusta. Como ve, fisgón, no tengo coartada.

Me puse en pie, di media vuelta y me encaminé hacia la puerta.

—Le dije que podía quedarse, Don.

Me volví.

Mónica se estaba levantando del sillón y se acercaba.

—Sin límites, ¿comprende? —añadió.

No los hubo.

* * *

Atrás quedaba ella y su recuerdo; lo mismo que un sueño cuando era una realidad. Sobre mi cabeza las primeras estrellas y frente a mí el incesante tráfico de aquella hora.

Bajo mis pies la acera, ancha, con bastantes peatones. En la esquina hacia donde me dirigía ahora, por conceptuarla un «punto clave» para tomar un taxi...

Vi la sombra, casi desdibujada, surgir de la misma, y los tirajos de humo y fuego, y el silbido de los proyectiles un quinto de segundo antes de que junto a mi oído derecho pasara aullando la primera bala.

Las otras fueron altas debido a que me dejé caer al suelo, oyendo algunos gritos despavoridos y el loco golpear de las suelas de los zapatos cuando las gentes que transitaban empezaron a huir desesperadamente, mientras yo luchaba por extraer la automática de la funda sobaquera.

Lo conseguí, rodé por la acera y de allí al asfalto de la calle, junto al bordillo; pero cuando encaré la esquina ya era demasiado tarde.

Me puse en pie con el arma en la mano.

El silbato de un policía, no lejos de allí, algunos gritos de la gente que empezaba a reaccionar, me hicieron pensar en el teniente

O'Brien y corrí hacia la esquina, llevando el cañón de la automática por delante de mi cuerpo.

La doblé.

Nadie.

Continué corriendo hacia la siguiente, que también doblé, y entonces me detuve. A mi espalda, los silbatos de la policía habían dejado de sonar.

Consulté el reloj.

Las once de la noche.

Me acerqué al bordillo de la acera, detuve el primer taxi que pasó y di la dirección.

—A Wall Street —dije.

El taxista me miró a través del espejo retrovisor, no dijo nada, y arrancó.

Media hora más tarde me encontraba frente al enorme rascacielos, sede de Marlowe, caminando hacia la puerta giratoria, con los ojos fijos en el uniformado portero.

Me detuve enfrentándole.

—¿Míster Marlowe? —pregunté.

El tipo aquel me miró de pies a cabeza, hizo una mueca que no supe cómo definir y finalmente respondió:

—No está. Las oficinas, como puede ver, están cerradas.

Dudé unos segundos entre marcharme o soltar lo que deseaba, hasta que opté por lo último.

—Me llamo Darrell —dije—, y quiero hablar con él de cadáveres. Adviértale de mi parte.

Se sobresaltó, volvió a mirarme de pies a cabeza y replicó:

—Espere un momento, míster Darrell. Veré si míster Marlowe se encuentra en su despacho.

No respondí ni para dar las gracias.

Esperé a que diera media vuelta para luego ir a entrar en su oficina de recepción, seguramente para ponerse en contacto con él mediante alguno de los teléfonos interiores, y encendí un cigarrillo.

Mi espera fue corta.

Mucho más corta de lo que creía en realidad.

Repentinamente le vi frente a mí, diciendo:

—Venga conmigo, míster Darrell.

Le seguí y entramos.

El tipo aquel me condujo hacia uno de los ascensores, cuya puerta abrió, mirándome ahora curiosamente, y continuó indicándome:

—Yo mismo le enviaré arriba. Míster Marlowe le estará esperando a usted al pie del ascensor.

En esta ocasión sí di las gracias y entré.

Tres minutos más tarde, las puertas se abrían frente a mí, dejando delante de mis ojos la figura de Marlowe y más allá, a su espalda, el ancho y largo pasillo, profusamente iluminado por grandes lámparas de lágrimas.

—Por aquí, Darrell —dijo, apenas verme.

Y advertí que su voz era fosca.

El despacho.

Me indicó uno de los sillones, frente a la mesa, y él vino a sentarse en otro, a mi lado.

Y preguntó apenas si lo hubo hecho:

—¿Qué fue eso que le dijo a Phil?

Deduje que el llamado Phil era el portero que me había recibido, por lo que contesté, sin pedir aclaración alguna al respecto:

—Que quería hablar con usted.

—¿De cadáveres? —preguntó.

—Concretamente de uno, míster Marlowe —dije—. De Nancy Fletcher.

No cambió de expresión.

—¿Por qué precisamente de eso?

—Es el principal, ¿no?

Continuó, sin cambiar de expresión, mirándome fijamente, como en espera de que yo añadiera algo más, cosa que hice a continuación:

—Anoche le hice una pregunta, míster Marlowe. ¿Recuerda?

—¿Y fue...?

Dejé transcurrir unos segundos antes de contestar.

—Quiero saber dónde se encontraba usted. Eso es todo.

Su rostro, completamente imperturbable, nada me dijo; la expresión de sus ojos, tampoco. Y esperé.

No fue mucho, apenas unos segundos.

—En mi casa.

—¿Solo?

Sonrió, sorprendiéndome.

—Mistress Marlowe, mi mujer, se encontraba conmigo.

Encendí un cigarrillo sin ofrecerle a él, me recosté contra el respaldo del sillón y disparé, mintiendo, naturalmente:

—Tengo un testigo que afirma lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

La pregunta era tranquila, fría, tan fría como su actitud, que continuaba sin cambiar.

—Sencillamente —respondí en igual tono—, que no durmió en su casa, míster Marlowe. ¿Quiere decirme de una vez dónde estuvo?

Se puso en pie, pero no me moví.

—Eso es algo que a usted no le importa, Darrell —dijo, secamente—. Le pago un montón de dólares para hacer menos que nada... salvo una cosa: hacerme preguntas, ¿comprende? Cierto que puede tomarlo o dejarlo. Usted tiene la palabra.

Lentamente, me puse en pie a mi vez, y ambos nos miramos a los ojos, en el más completo silencio, por un espacio de tiempo que se me antojó largo hasta lo inconmensurable.

Yo mismo lo rompí.

—De acuerdo, Marlowe —dije, apeando súbitamente el tratamiento—. Voy a continuar con esto..., pero si usted tuvo que ver algo con la muerte de Nancy, le llevaré a la silla con o sin esos dólares. Que no se le olvide.

Di media vuelta, yendo hacia la puerta, e intuí que venía detrás de mí.

Era cierto; lo hizo hasta la puerta del ascensor.

—Buenas noches, Darrell —dijo, cuando las puertas se abrieron frente a mí.

Ladeé la cabeza para mirarle.

—Buenas noches, Marlowe —repliqué, entrando ya en el ascensor—. Y tenga cuidado con ciertos apartamentos, sobre todo cuando aparecen mujeres muertas en extrañas circunstancias.

Cerré la puerta delante de sus narices y pulsé el botón de la planta baja, sin cuidarme ni poco ni mucho de la expresión que en aquel momento pudieran tener sus ojos.

Ya en la calle tomé un taxi, di la dirección de mi apartamento y me dediqué a pensar.

En mistress Cora Marlowe, Nancy y Alf Parris, que habían

muerto; Cinthia y su vestido, las palabras de aquélla cuando se despidió de mí, mi conversación con Mónica Owen, las caricias de sus brazos, su entrega y, por último, en el desconocido marido de Nancy Fletcher.

Se imponía una pregunta, pero no me la hice, ya que no sabía la respuesta. Aquello era cosa del teniente O'Brien, en primer lugar, y mía, pero en última instancia.

No obstante, debía averiguarlo, y tenía que hacerlo por mí mismo. Ir con aquella pregunta a O'Brien era... darle motivos para que me hiciera pasar un mal rato, y aún no era tiempo de responder a preguntas más o menos capciosas de la policía.

Las sospechas de mistress Marlowe con respecto a su marido podían indicar algo o nada. Las horas pasadas entre los brazos de miss Owen no habían servido ni mucho menos para aclarar mis ideas al respecto. No habían servido para otra cosa que para ofuscarlas más y más.

Lana Prescoe, Tab Barris..., se me antojaban demasiados personajes para dos asesinatos. Pero sobre todo el de Alf Parris. ¿Por qué?

Era una nueva pregunta que por el momento tampoco tenía respuesta para mí.

El «hemos llegado» del taxista interrumpió el hilo de mis pensamientos, con lo que aboné la carrera, descendí del coche, pensando en el hijo de perra que había atentado contra mi vida, y ya por dos veces.

Sobre la acera miré a mi alrededor, antes de cruzar al otro lado, y luego lo hice, y lo confieso sin rubor alguno, con la mano muy cerca de la culata de la pistola, pero alcancé el interior del ascensor y luego mi apartamento sin sufrir otro atentado.

Encendí las luces, lo registré todo, y luego regresé al living, donde me preparé un whisky, soda y unos cubitos de hielo, y a continuación me dejé caer en uno de los sillones.

Continué pensando.

Durante bastante rato, hasta que llegué a la conclusión de que todo giraba en torno a Jeff Marlowe, y no por las palabras que habíamos sostenido, ni por las que en su momento pronunciara Mónica Owen...

Y un vestido para Cinthia.

Justo en aquel momento, el timbre de la puerta de la calle me sacó violentamente de mis cavilaciones. Me puse en pie con una mueca, deslicé la automática de la funda sobaquera al bolsillo derecho de la americana, bebí un poco mientras el timbre seguía escandalizando y fui a abrir, sujetando el arma con la mano.

Me inmovilicé tan pronto como franqueé el paso, porque frente a mí, con los bellos ojos cargados de seriedad y el semblante tanto o más serio que sus pupilas, se encontraba Cinthia.

No pude hablar, lo confieso, y ella lo adivinó. Por eso creo que dijo en tono jocoso:

—¿Va a tenerme mucho tiempo en la puerta, míster Darrell?

Sacudí la cabeza, me aparté y cruzó el umbral.

—Gracias por su hospitalidad, jefe —dijo.

Estaba seria, enormemente seria, pero se burlaba de mí, de mi sorpresa, y quizá de la expresión de mi semblante.

Dio dos pasos, pasillo adelante, y entonces recobré la facultad de moverse, cerré encajando el pestillo, fui detrás y la prendí de un brazo, dos dedos por encima del codo.

—Por aquí —dije.

No contestó. Tampoco hizo nada por desprenderse de mi brazo, por lo que de un modo repentino la solté, pero fue para enlazarla por la cintura.

Tampoco hizo movimiento alguno ni me miró.

Y así, en silencio, la conduje al living y la obligué a que se sentara.

Minifalda y blusa, piernas perfectas carentes de medias y zapatos de alto tacón.

Estaba preciosa.

—¿Un whisky? —pregunté.

Me miró con gesto escandalizado.

—Pero... Pero... ¡Míster Darrell...! ¿Qué pretende con esa invitación? ¿Emborracharme?

Tomé el vaso y bebí, dando, por tanto, la callada por respuesta, y a continuación fui a sentarme frente a ella, observándola atentamente.

Hasta que pregunté:

—¿A qué has venido, Cinthia?

No sonrió.

—Me aburría sola.

—¿Nada más?

—Nada más. Por otra parte... Bueno, eso no cuenta ahora.

—¿Qué es lo que no cuenta, querida?

—Mónica Owen.

—¿Qué hay de ella?

Cinthia repuso con otra pregunta:

—¿La vio?

—Sí. Y a propósito...

—Sé lo que le dije a usted —me interrumpió.

—¿Y...?

La vi vacilar, como si no supiera qué decirme, o como si deseara olvidar las palabras que me dijo.

—Nada —respondió—. Nada —vaciló de nuevo y al fin continuó al cabo de varios segundos de silencio—: Nada, a no ser que... que... Bueno, la verdad es que me gustaría adivinar qué juego se trae entre manos.

—¿Juego...?

Ante mi pregunta, y llenándome de sorpresa, dio el estallido.

—¡Cuernos, jefe! —exclamó, con absoluta desvergüenza—. No lo sé. No pregunte, porque no sé cómo explicarlo. Es... que no me gusta. Eso es todo.

—¿Qué es lo que no te gusta de ella, Cinthia?

—Todo —respondió, sin una sola vacilación—. Su forma de comportarse en todo esto. Esa zorra no es de las que se enamoran de un hombre a las primeras de cambio, aunque ese hombre sea como usted, míster Darrell.

—¿Y cómo soy yo?

Soslayó la respuesta, continuando con lo que estaba diciendo, exactamente como si no me hubiera oído.

—Su forma de comportarse, si me entiende usted —dijo—. Esa cita para que la invitara a cenar... no cuadra en modo alguno. Cuando fuimos por el vestido..., ella sabía o sospechaba que algo no andaba bien, de eso estoy segura. Luego, cuando le dijo quién era usted, todo fueron amabilidades. Y...

—Era amiga de Nancy Fletcher. No olvides eso, Cinthia, además de que Nancy también era su cliente.

—Y el matrimonio Marlowe —remachó ella—. Todo gira en

torno a esa tienda y a ese matrimonio. Todo, también, puede girar..., o dar una completa vuelta al giro, si supiéramos quién fue el marido de Nancy o... o... si estuviera vivo.

Calló y mis pensamientos empezaron a cabalgar en el interior de mi mente como caballos desbocados.

Era la misma pregunta o, si se quiere de otro modo, las mismas palabras que en su momento le hubiera formulado al teniente O'Brien, como me dije a mí mismo no hacía muchos minutos, era algo que deseaba hacer personalmente.

No dije, empero, nada de esto; me limité a consultar el reloj.

—Se está haciendo muy tarde —dije.

Cinthia se puso en pie y la imité, con lo que ambos quedamos frente a frente.

—Sí, así es —respondió—. Buenas noches, míster Darrell.

Dio media vuelta y avanzó hacia la puerta, pero ya sabía, como también lo sabía ella, que aquello no era todo.

Me acerqué, prendiéndola de un brazo, y al instante vi el brillo de sus ojos fijos en los míos.

—¿Sí...?

—Creo... Creo que no debiste venir aquí esta noche, Cinthia.

Me incliné y la besé en los labios, notando cómo correspondía suavemente. Luego, sin pronunciar palabra, ambos nos encaminamos al dormitorio.

8

TERMINÉ con el bocadillo de jamón, la lata de cerveza que había pedido, pagué y, abandonando el taburete en que me sentaba, salí a la calle.

Tomé un taxi que me condujo al lugar donde la tarde anterior había dejado mi coche, y conduje hacia la calle 17.

Decimocuarto piso.

Una bagatela.

Me introduje en el ascensor y, ya frente a la puerta del apartamento, dudé unos segundos antes de hundir el dedo pulgar en el botón del zumbador.

Luego esperé.

Fue muy poco, cuestión de cuatro o cinco segundos, y entonces la vi frente a mí.

Morena, llevando sobre su deliciosa figura de mujer joven una sencilla blusa sin mangas y unos cortísimos shorts, los más cortos que yo había visto en mi vida.

Sus ojos, grandes y verdes, que por el color me hicieron recordar los de Cinthia, me miraron interrogadores.

—¿Miss Lana Prescoe? —pregunté.

Arqueó levemente una de sus elegantes y finas cejas.

—Sí. ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Hablar con usted —repliqué, contestando sólo a una de sus preguntas.

—¿De qué?

Se había puesto en guardia. Nada en sus ojos y rostro me lo decía, pero sí en el cambio sutil que había experimentado su voz.

Por otra parte, tampoco se apartaba de la puerta, y me pregunté por qué.

No tuve tiempo de responderme a mí mismo, ya que ella añadió:

—Le ruego que venga en otro momento, ¿comprende? Ahora tengo que salir.

—Tendrá que esperar un poco, miss Prescoe —negué ante su sorpresa—. Antes, me lo temo así, vamos a charlar usted y yo. ¿Puedo pasar, o prefiere que lo hagamos aquí?

—No tengo nada que decirle a los periodistas, ¿entiende? Nada.

—No soy perio...

—¿No...? ¿Entonces...?

—Pongamos, miss Prescoe, que quiero hacerle unas preguntas respecto a Nancy Fletcher.

Dio un paso hacia atrás, pero sin apartarse del centro de la puerta, por lo que deduje que iba a darme con ella en las narices. Me preparé para evitarlo cuando desde el interior del apartamento me llegó la voz de un hombre. Una voz completamente desconocida para mí:

—Déjale que pase, Lana. Vamos.

—Pero...

—Déjale entrar, ¿quieres?

Me lanzó una mirada de través, se hizo a un lado y con un ademán me indicó que podía entrar.

Lo hice y esperé a que hubiera cerrado. Fue entonces cuando me enfrentó, diciendo:

—Pase por aquí, fisgón.

No respondí, quizá porque en aquel momento me encontraba sorprendido por sus palabras. Me limité, por tanto, a seguirla hasta el living, y entonces le vi.

Alto, atlético, de no más de veintisiete años, rubio y de ojos grises, sentado en uno de los sillones, con un vaso de whisky en la mano y un frunce en su ceño.

Preguntó tan pronto como me vio delante de él:

—¿Puedo saber quién diablos es usted y por qué viene molestando a mi prometida?

—Es la misma pregunta, salvo con algunas variantes, que le puedo hacer a usted.

—Me llamo Tab Barris. ¿Contesta eso a sus...?

—Sólo en parte, Barris —dije—. Sólo en parte... Porque quiero que me diga dónde pasó la noche el día que mataron a Alf Parris.

No se inmutó.

—Leí el caso en el periódico —dijo, con la misma fría calma—. Exactamente lo mismo que cuando mataron a Nancy.

—¿La conocía?

—Sí. Éramos amigos. Y al decir éramos, me refiero a ella también. A mi prometida, miss Prescoe. Y a todo esto, aún no me ha dicho quién es usted y, sobre todo, a qué ha venido.

—A hacer preguntas.

—Lo sé, o lo presumo. En cuanto...

—Miss Prescoe sabe quién soy yo. Por lo menos, ésa es la impresión que saqué...

Lana misma me interrumpió:

—Siéntese, ¿quiere?

Lo hice y ella me imitó. Mis ojos fueron a sus piernas desnudas y luego los desvié hacia Tab.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta —manifesté.

Y por segunda vez, la respuesta me la dio Lana:

—Estuvo aquí toda la noche, pesquisa, si eso le sirve...

Continué mirándole a él, pero mi siguiente pregunta fue dirigida a Lana:

—¿Quién le dijo que...?

—Que usted era un fisgón de diez cochinos dólares diarios, Darrell. Mónica Owen me lo dijo. Dijo también... que estaba haciendo preguntas en torno a Nancy Fletcher. Dijo también que era muy posible que viniera a vemos y que...

La interrumpí con una nueva pregunta:

—¿Conoció usted o su prometido al marido de Nancy?

—No, pero... —vaciló un poco y desvié mis ojos a ella, dándole cuenta de que Tab Barris empezaba a ponerse en pie—. Bueno, pesquisa, sé el por qué del fracaso del matrimonio de Nancy.

—¡Cierra el pico, Lana! Cállate, ¿quieres?

Se volvió a mirarle como un basilisco.

—¿Por qué he de hacerlo? —preguntó—. Nancy ha muerto y ahora no importa.

—¡Te digo que te ca...!

Ella hizo un gesto y Tab se interrumpió, pero había veneno en

sus ojos cuando le miré mientras que Lana añadía:

—Nora enamoró a un hombre casado... o en vías de estarlo, ¿comprende? Sea lo que fuere, logró casarse con él... Pero... pero él jamás olvidó a la otra. Lo entiende, ¿verdad?

Era un buen motivo para asesinar. Celos, despecho y cualquiera sabía qué cosas más. Era... Todo eso, claro, contando con que el marido estuviera vivo, si es que fue él, lo que era un contrasentido por el momento.

—Lárguese y no vuelva por aquí, figón. ¿Lo entiende?

Lo miré.

Tab Barris, otro de los incondicionales de Nancy Fletcher, se me estaba acercando.

Sin perderle de vista, pregunté:

—¿Quién le contó todo eso, miss Prescoe?

La vi sonreír.

—La propia Nancy, pesquisa. Puedo decir que de todas sus amistades, quizá, quizá, yo fuera la única que lo sabía.

—¿Se marcha de una vez?

Tab estaba muy cerca; esperé a que diera un par de pasos más y di media vuelta hacia la salida.

—Gracias por todo, miss Prescoe —dije—. Y espero que sea verdad su afirmación de que su prometido pasó la noche con usted.

Abrí la puerta justo en el momento en que hasta mis oídos llegaba la maldición de Tab.

Salí a la calle y de nuevo me vi en el interior del coche, conduciendo y pensando.

Sí, desde luego, era un contrasentido..., a no ser que Nancy hubiese muerto a manos de su marido..., si éste no le hubiera concedido el divorcio, cosa que no había ocurrido. Otra sería de él ser el muerto y no ella-

Aquellas palabras, aquella declaración de Lana Prescoe, no aclaraban nada, sino que lo embrollaban aún más.

No encajaban.

Eso era todo.

* * *

Vi a Cinthia apenas entrar, sobre el mediodía, en la oficina.

No me sonrió, sólo me miraba, por lo que me acerqué, puse las manos sobre el tablero de su mesa y me incliné sobre sus labios.

—¿Puedo pedirte un beso? —pregunté.

Puso sus manos en mis hombros... y el mundo pareció desaparecer de mi mente, pero ella misma se encargó de romper el hechizo, y todo lo demás, cuando entre caricia y caricia dijo:

—En tu despacho te están esperando, Don.

La solté y retrocedí un paso.

—¿Quién es?

—Mistress Cora Marlowe. Por lo menos eso fue lo que me dijo.

Fruncí el ceño.

—Gracias —dije. Señalé el dictáfono que tenía a su lado y añadí —: Abre ese chisme y escucha, pequeña.

Di media vuelta y la dejé sola.

Cora se encontraba sentada en uno de los sillones, con una pierna sobre la otra, con absoluta dejadez, y fumándose uno de mis cigarrillos.

No la saludé ni ella a mí tampoco. Simplemente, me limité a rodear la mesa y fui a sentarme en el sillón que había detrás.

Frente a mí, continuaba observándome en silencio, en espera de mi pregunta, pero no la formulé.

No me gustaban ni ella ni su esposo, a pesar de los dólares que me diera no hacía mucho.

—¿No va a preguntarme para qué he venido?

Me encogí burdamente de hombros.

—No, mistress Marlowe.

—Llámeme Cora y... y... Bueno, se lo diré... Mi esposo está en un lío.

—Y usted en otro, Cora —dije, con rencor—. Usted... usted me mintió diciendo que su marido pasó la noche en casa y lo cierto es que, cuando mataron a Nancy, él no estaba entre sus amorosos brazos. ¿Dónde? Usted lo sabe.

Vaciló, vaciló mucho, pero por fin dijo:

—Sospecho que fue a verla.

Aquello cuadraba con algunas de mis suposiciones, pero el comentario me lo guardé para mí.

—¿Sólo lo sospecha? —inquirí.

—Sí, así es, pero la poli...

La interrumpí, dejando para más adelante las opiniones de la policía con respecto a míster Marlowe.

—¿Por qué lo sospecha, Cora?

Abrió los ojos con asombro.

—Hace tiempo que se les ve juntos, cuando no en un sitio en otro. Es decir, se veían.

—¿Amantes?

—Posiblemente, sí.

—¿Tampoco está segura?

—No... Pero lo temo así.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, Darrell?

—Le estoy preguntando que si sólo sus sospechas de que fueran amantes se basa en tan poca cosa como ésa. En sus visitas a Nancy Fletcher, o en que la acompañara en varias ocasiones. Usted, según tengo entendido, hace lo mismo.

—Eso cambia las cosas.

—¿Sí...?

—Seguro. No tengo un amante, ¿comprende? No lo tuve nunca, ni antes ni después de casada con Jeff. Cuanto antes se le meta eso en la cabeza, mucho mejor.

—De acuerdo, mistress Marlowe..., digo Cora. En cuanto a la policía...

Su rostro se nubló y me interrumpí.

—Le detuvieron hace unas horas, acusado de asesinato. El teniente O'Brien dice que tiene pruebas de que Jeff la mató.

—¿Y usted lo cree así?

—No.

Fui a preguntar «por qué», pero me abstuve de hacerlo. Me limité a esperar que añadiera algo más, cosa que no tardó en ocurrir.

—Jeff no es de éstos. Puede ser un mujeriego, otras cuantas cosas más y todas malas, pero no un asesino.

Recordé las palabras de Cinthia. Ella dijo que la policía creía que a pesar de la carencia absoluta de huellas de otra persona, en la quinta de Nancy, opinaba que no se encontraba sola cuando la mataron.

¿Jeff Marlowe?

El teniente O'Brien, de Homicidios, parecía creerlo así.

—¿Qué quiere que haga yo?

—Que trate de sacarle del lío. Le pagaré...

Ya no la escuchaba.

El lío... ¿Era aquél el lío en que Marlowe esperaba meterse?

Pensé en O'Brien.

Se imponía una visita... que no traería nada más que molestias hacia mí.

Al otro lado de la mesa, ahora en pie, Cora Marlowe me observaba en silencio, pero rompió a hablar cuando se dio cuenta de que la miraba.

—¿Qué va a hacer, Darrell?

—Por lo menos lo intentaré —afirmé, diciendo la verdad de lo que pensaba en aquel momento, y a continuación pregunté sin transición alguna—: ¿Sabía usted, Cora, que Nancy se casó con un hombre que ya estuvo casado anteriormente?

Mi pregunta no se ajustaba a la realidad de lo hablado con Lana Prescoe, pero aquello no importaba.

—¿Quién se lo dijo, pesquisa?

Y había sorpresa en su voz.

—Lo oí comentar —repliqué—. Pero, ¿lo sabía?

—No, de ningún modo..., o ya se lo hubiera dicho. No obstante... No obstante...

Calló, y apremié:

—No obstante, Cora, ¿qué iba a decirme?

—Miss Owen conocía mucho a Nancy y a sus amistades. Se puede decir que... que... Bueno, además de su cliente, eran amigas íntimas. Se visitaban. Puede que ella sepa algo..., si es que quiere decírselo a usted. —hizo una pausa y preguntó—: ¿Cuándo empezará con el asunto de Jeff, Darrell?

—He empezado ya. En cuanto a miss Owen...

—Es todo cuanto puedo decirle... y quiero. Buenas tardes.

Salió, dejándome solo y con la cabeza hecha un caos.

Un hombre al que nadie había visto, y una mujer que estuvo prometida o casada con el marido de Nancy Fletcher. Una mujer... por cuyo nombre se me olvidó preguntar.

—Material para pensar, ¿verdad?

Cinthia, desde la puerta, me observaba entre burlona y seria, luego de haber formulado la pregunta.

—Ven y siéntate —dije.

Lo hizo, sobre mis rodillas, me rodeó el cuello con los brazos y me besó. Una tosecilla un tanto seca, viniendo de la puerta, nos separó violentamente.

9

NOS volvimos a mirar.

Contemplándonos con el semblante completamente hermético, O'Brien, teniente del Departamento de Homicidios, se encontraba recostado contra el marco de la puerta.

A mi lado, Cinthia me lanzó una fugaz mirada, dio media vuelta y se alejó hacia su despachito, dejándonos completamente solos.

Le indiqué que se sentara con un mudo gesto de mi mano y se dejó caer sobre uno de los sillones.

Hice lo propio detrás de mi mesa y le miré.

—¿Ni siquiera va a preguntarme por qué he venido, Darrell?

—No, si usted no me lo dice.

—Quiero que hablemos.

—Eso ya lo he supuesto —respondí, con el pensamiento puesto en Jeff Marlowe.

Siguió un silencio que O'Brien rompió al cabo de varios segundos.

—Voy a hacerle una pregunta —dijo—, y quiero que me la conteste, pero con la verdad.

—¿Y es...?

—¿Quién le paga a usted para que meta las narices en todo esto?

—¿Y esto qué es, teniente? —pregunté a mi vez.

Esperaba un estallido del mal humor, pero no ocurrió nada de aquello.

Sin dejar de mirarme, se recostó contra el respaldo del sillón, guardó silencio unos segundos y finalmente respondió:

—¿Por ética?

—Vuelvo a repetirle, teniente, que no sé de qué me está hablando.

Arqueó levemente una ceja.

—¿No...?

—No —retruqué.

—En ese caso, Darrell, ¿quiere decirme por qué tantas y tantas preguntas por su parte en torno al asesinato de Nancy Fletcher? Sé que ha estado molestando de un modo u otro a todas sus amistades. Vamos, Darrell, responda: ¿quién le paga a usted por meter las...?

—Eso ya lo dijo antes —le interrumpí.

Siguió un pequeño silencio que O'Brien rompió.

—Salga de este asunto, Darrell, ¿comprende? —dijo.

—No le entiendo a usted.

—Correcto, no me entiende..., pero va a salir de él a partir de este momento —señaló la puerta tras la cual debía encontrarse Cinthia y añadió—: Es mucho mejor para su salud que se dedique a ella, fisgón. Usted... no es nada más que un maldito hijo de perra y todos los del Departamento lo sabemos, Darrell. ¿Lo entiende? Deje el caso o se estrellará.

Quizá esperaba que dijera algo, que le preguntara por Marlowe, pero no lo hice. Esperé. Es decir, continué esperando, sabiendo, porque le conocía demasiado bien, que aquello no había hecho nada más que empezar; que había algo más, que más tarde o más temprano diría.

Lo hizo mucho antes de lo que esperaba en realidad.

Lo hizo al segundo siguiente.

—Tengo al asesino, fisgón, ¿comprende? Y voy a ponerlo a disposición del fiscal del distrito en menos...

—¿Por qué no lo ha hecho ya? —pregunté, atajándole en seco.

Me miró, suspicaz.

—Estoy completando el informe, Darrell —sonrió, mostrándome sus dientes de lobo, y añadió—: ¿No va a preguntarme quién es el asesino?

Encogí los hombros burdamente.

—No —repliqué—. ¿Para qué, si usted y con usted todo el Departamento de Homicidios está conforme?

—¿Es por eso, o porque usted ya lo sabía?

—¿Sabía...? ¿El qué, teniente?

Guardó silencio una vez más, luchando consigo mismo —de eso estoy seguro— entre decirme o no lo que pensaba, pero la verdad.

Por fin lo hizo, sorprendiéndome.

—Detuvimos a míster Jeff Marlowe, acusado de asesinato en primer grado.

Arqueeé una ceja con evidentes muestras de sorpresa.

—¿Sí...? —inquirí—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Mintió a la policía, Darrell, algo que usted también suele hacer con frecuencia. Como en este momento, ¿no? —hizo una nueva pausa, mucho más corta que las anteriores, y continuó—: Nos dijo que la noche en que Nancy murió, él se encontraba en su casa con su esposa..., y no es cierto.

—¿Y sólo por eso ya a enviarle a la «tostadera», teniente?

—Miss Fletcher y él eran muy amigos, Darrell, cosa que también sabe usted.

—Sí, así es, pero eso no prueba nada.

—Eran amantes. ¿Lo sabía?

—No —acepté—. ¿Cómo lo supo? ¿Confesó míster Marlowe?

—No, pero eso no es cuenta mía, sino del tribunal que le juzgará.

—¿Y sólo con eso...?

—Hay algo más, Darrell. Aquella noche, Marlowe estuvo en la quinta de la Fletcher. Eso sí lo confesó.

Le miré atentamente, preguntándome por primera vez a qué venían tantas facilidades por su parte y, sobre todo, por qué había venido a mi oficina. Sólo para explicarme aquello no era. Eso, por descontado.

—¿Qué dijo? —fue lo que pregunté.

—Quería verla... y entró por una de las ventanas. La luz estaba apagada, y avanzó unos pasos completamente a oscuras mientras que el timbre de la puerta de la calle empezaba a sonar. Bueno, Darrell, para terminar, le diré que las luces se encendieron, ella le pidió que se bebiera el vaso de whisky que tenía en el suelo y que la esperara. Le dejó solo y fue a abrir. Entonces, y siempre siguiendo la versión de míster Marlowe, sonó un disparo y... y... la encontró muerta cuando corrió hacia allí. No vio al asesino ni nosotros encontramos huella alguna fuera de la quinta. Ni en su interior.

—¿Cómo explica eso, teniente?

Pero sabía la respuesta antes de que me la dijera, por lo que respecta al interior de la quinta, y no me equivoqué.

—Marlowe dice que se asustó y huyó de allí, sin esperar a más. Que por eso no avisó a la policía ni nos llamó... Pero fíjese bien, Darrell, no tuvo miedo en borrar todas las huellas de su paso. Incluso las del vaso en las que lógicamente también tenían que estar las de miss Fletcher, puesto que ella estaba bebiendo cuando la mataron.

Ahora me tocó guardar silencio a mí.

Meditaba en todo aquello, y de resultas de mis meditaciones pregunté:

—¿Cómo sospechó de él, teniente?

Su mirada se hizo cauta en extremo, pero me lo dijo.

—Miss Owen, esa muchacha que le está haciendo un vestido a su secretaria, me lo dijo. Es decir, nos contó que mistress Marlowe... Bueno, ella no declarará en pro ni en contra de su marido, pero... En fin, sospechaba que fue a visitar a miss Fletcher aquella noche. Sospecha, también, que su marido... era el amante de ella. ¿Qué le parece, Darrell?

Aquello me daba pie para responder con algo un tanto fuerte, según como lo mirara O'Brien.

—Es decir, teniente, que según usted, míster Marlowe asesinó a Nancy Fletcher sólo por el placer de matar, ¿no? Sin un motivo aparente, ¿verdad?

No se estremeció, pero su actitud cambió, y el tono de su voz también, cuando contestó, lleno de suficiencia:

—Estamos trabajando en eso, Darrell. Estamos trabajando a su mujer en ese sentido, y a él mismo. Uno de los dos cantará, se lo aseguro. —dejó transcurrir unos segundos de silencio y soltó la pregunta que realmente le interesaba—: ¿Alguna idea respecto a todo; al motivo, Darrell?

—¿Ideas, teniente...? ¿Por qué habría de tenerlas, y precisamente yo?

Se puso en pie y le imité, sabiendo que se marchaba, sabiendo, también, que diría algo más antes de hacerlo, como así fue.

—Mi idea —dijo— es que le mató tal vez porque Nancy le pidió... Por ejemplo, que se divorciara de su mujer, y él se negó. Le amenazaría con el escándalo, Marlowe perdió los nervios y la

pasaportó de un tiro.

Podía ser así, pero aquello me resultaba bastante sencillo. Demasiado tal vez, pero no se lo dije. Me limité a hacer una pregunta, cuando ya se estaba volviendo hacia la puerta de salida:

—¿Qué sabe del marido de Nancy Fletcher? Sé que estaba divorciada.

Se volvió como si hubiera sido picado por una cobra.

—¿Qué está tratando de insinuar, Darrell?

Y su voz era fosca.

—Nada —repliqué, con perfecta calma—, pero sería conveniente averiguar quién fue ese marido... y si vive aún.

Se volvió en redondo, se me acercó y, sin dejar de mirarme, espetó:

—No quiero verle fisgando por aquí... en este asunto, Darrell. Ya se lo advertí, ¿comprende? Deje las cosas como están para la policía. Si murió o vive, eso es cosa nuestra. No intervenga más, se lo advierto, o haré que le expulsen de Nueva York.

—¿Puedo ver a míster Marlowe, teniente? Necesito un pase.

Se volvió en redondo, caminó hacia la puerta, la abrió sin responder, pero finalmente lo hizo unos segundos antes de cruzar el umbral en forma definitiva.

—Nada de eso, Darrell —dijo—. ¡Ah! Tiene de tiempo hasta el mediodía de mañana para decirme todo lo que usted sabe de esto, ¿comprende? Todo... o va a pasarlo mal. Eso es lo que vine a decirle. Le di una oportunidad al iniciar esta conversación, y la desaprovechó. Y no abandone Nueva York antes de la encuesta preliminar, o le haré volver de un modo que no le gustará.

Se fue y quedé allí, en el centro del despacho, mirando la puerta que acababa de cerrarse a su espalda.

Veinticuatro horas.

Quizá demasiado poco tiempo.

Cierto que pude haberle dicho algo, entre otras cosas hablarle de los dos atentados que sufrí —las huellas del primero aún quedaban en el interior de mi apartamento, entre el empapelado y el estuco de la pared—, pero no lo había hecho.

La voz de Cinthia, viniendo de mi espalda, interrumpió mis reflexiones.

—¿Qué piensas hacer, Don? —preguntó.

Me volví, caminé hacia el sillón, me dejé caer en él e indiqué:

—Siéntate y te lo diré, muchacha.

Lo hizo sobre mis rodillas y me enlazó el cuello con sus brazos.

—¿Por dónde íbamos cuando nos interrumpieron, querido? —preguntó, con voz ligeramente ronca.

—Por el final de un beso, pero nada más, Cinthia. Ahora hay otra cosa y...

—Esa cosa se llama Nancy Fletcher, ¿no?

—Sí, así es.

Se apartó un poco, pero no mucho.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no lo sé —dije—, pero puede que le haga una visita a miss Nora Lancaster.

—¿Y por qué no a miss Owen?

La miré fijamente.

—¿Algún motivo para que me hagas esta pregunta, Cinthia?

—No, pero podríamos ir juntos... Miss Owen tendrá mi vestido esta tarde. ¿Qué te parece?

La aparté de mis rodillas, viendo el asombro en sus ojos, y respondí:

—Me marcho ahora, pequeña, pero vendré a buscarte a eso de las cinco. ¿Entiendes?

Me acompañó a la puerta sin replicar palabra.

Pero lo hizo tan pronto como la abrí para salir, y con una pregunta:

—¿Puedo saber a dónde vas, pesquisa?

—Tal vez le haga una visita a Nora Lancaster y otra a Cora Marlowe, si me da tiempo. Y... Bueno, pequeña, vas a tener que trabajar de firme durante algunas horas.

Sus ojos chispearon.

—Pero... ¡Don! ¿Es que no trabajo bastante? Si estoy lo mismo que una es...

La interrumpí, con un gesto.

—Escucha atentamente, Cinthia —dije—. Quiero que trates de averiguar...

Se lo dije, nos besamos, y empuñé el volante sabiendo que tenía tiempo sobrado para hacer lo que deseaba, ya que Cinthia tardaría bastante en averiguar, en las oficinas de la United Press, lo que yo

deseaba.

Nora misma me abrió la puerta.

Una blusa, los pechos jugando bajo la misma y los cortísimos shorts, que no dejaban casi nada para la imaginación, y las esbeltas y largas piernas carentes de medias.

Se apartó de la puerta sin dejar de mirarme con sorpresa.

—No lo esperaba, Darrell —dijo, conduciéndome ya hacia el interior del apartamento.

El living.

Me senté en uno de los sillones ante una muda invitación de ella y luego la miré de pies a cabeza.

Era hermosa; casi tanto o más que Cora Marlowe; casi tanto o más que mi secretaria.

—¿Y bien...? —inquirió, dejándose caer en otro.

—¿Sabía usted, Nora, que el marido de Nancy estaba casado cuando él y ella se conocieron?

—Sí —respondió, con perfecta calma, y desconcertándome un poco.

—¿Por qué no me lo dijo? —pregunté.

—No lo juzgué necesario, Darrell. Eso nada tenía que ver con el asesinato en sí.

—¿Cómo está tan segura?

—Llámele, si quiere, intuición. ¿Una copa?

—Whisky —repliqué—. Si tiene.

Me dejó solo para regresar a mi lado a los dos o tres minutos, llevando en las manos dos altos vasos más que mediados de licor, con un par de cubitos de hielo en cada uno.

Me dio uno, tomó asiento en el otro sillón, bebió un poco, y al terminar, continué preguntando:

—¿Sabe que detuvieron al marido de una de sus amigas, Nora?

Arqueó una ceja.

—¿A Jeff? —preguntó a su vez.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Es fácil de deducir, sabiendo como sabía todo el mundo que él y Nancy..., que él y Nancy...

Se interrumpió y continué:

—Eso tampoco me lo dijo.

—No, cierto que no, pero... pero... Bueno, eran amigos, y yo...

yo... Nancy nunca me dijo hasta qué punto lo eran. Ya le dije que era muy reservada.

Bebí a mi vez, pensando rápidamente.

—¿Qué hay de miss Owen? —inquirí.

Una vez más, arqueó una de sus finas cejas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó a su vez.

Hice una mueca.

—También eran amigas, ¿no? Intimas. Lo mismo que Nancy y usted, Nora.

—Sí, así es. ¿Y eso dónde nos deja, Darrell?

Volví a beber sin dejar de mirarla por encima del borde del cristal del vaso, y repliqué justo cuando lo dejaba sobre la mesita:

—Espero que usted me lo diga... o no tendré más remedio que dejar el caso.

—¿Por qué?

No se movió, no se alteró. Fría, imposible, se limitó a formular la pregunta con sus bellas pupilas fijas en las mías.

—Porque me está mintiendo desde el principio, querida. ¿O acaso fue usted la que lo mató? Si fue así, ¿por qué lo hizo, Nora?

—Es usted... Es usted un perro bastardo, Darrell.

—Hay mucha gente que piensa lo mismo, querida, pero eso no me molesta. Vamos, conteste: ¿qué relaciones unían a miss Owen con Nancy, además de la amistad? ¿Y con míster Marlowe? Sé que mistress Marlowe era o es cliente de esa tienda de alta costura. Lo sabe, ¿verdad?

Me puse en pie y abrió los ojos con asombro.

—¿Ya se marcha?

—Sí, así es.

Hubo una ligera pausa que Nancy rompió.

—Se les ha visto juntos varias veces, Darrell, y sé que esto no gustaba a Cora.

Por lo visto, miss Lancaster estaba soltando la lengua, quizá cuando ya era demasiado tarde para hacer algo por Marlowe, pero aquella opinión también me la guardé para mí.

—¿Amantes también?

A pesar de que, indudablemente, mi pregunta tuvo que sonar sarcástica a sus oídos, Nancy respondió sin alterarse:

—Eso no es cuenta mía, pesquisa, sino de la propia miss Owen.

Tendrá que preguntárselo a ella o a mistress Marlowe..., si es que quieren responderle.

Me volví en redondo y me dirigí a la puerta; la rozaba con las manos cuando ella dijo a mi espalda:

—¿Va a continuar con esto, Darrell?

—Tal vez, pero no por su cuenta, querida. No me gusta la gente que me miente de un principio.

Le abrí.

Empecé a cruzar el umbral, camino del exterior.

—Darrell.

Ladeé la cabeza.

—Puede quedarse conmigo si quiere. No tengo que hacer nada hasta la noche.

No contesté, terminé de cruzar el umbral y salí a la calle.

Encendí un cigarrillo, ya en el interior del coche, y puse las manos sobre el volante.

Pensaba una vez más.

Veinticuatro horas y de nuevo el teniente O'Brien.

Maldije entre dientes, pero nadie me oyó.

10

—¡USTED!

La miré de pies a cabeza.

La combinación era negra y completamente transparente, pero ella no parecía darse cuenta de ello.

—¿Esperaba a otro? —pregunté.

—Nunca espero a nadie, Darrell..., aunque suelo recibir visitas tanto estando mi marido presente como no.

Me pregunté si a todos los recibía del mismo modo, en combinación, pero lo que inquirí fue:

—¿Quiere que hablemos aquí o en el interior del apartamento, mistress Marlowe?

Miró hacia atrás, vacilando, hasta que de un modo repentino encogió los hombros y se apartó de la puerta.

—Pase —dijo—. Ya sabe el camino.

Empecé a andar hacia el living, oyendo cómo Cora cerraba la puerta a nuestra espalda y luego su vivo taconeo cuando hizo lo propio tras mis pasos.

Me detuve bajo el marco de la puerta, con los ojos fijos en el que en aquel momento se llevaba el vaso de whisky a los labios, mirándome fijamente, con el rostro tan impenetrable como el de una momia egipcia.

A mi espalda oí la acelerada respiración de mistress Marlowe, pero no me volví a mirarla. Sencillamente, me limité a dar unos cuantos pasos por el interior del living y acto seguido me dejé caer en el sofá.

Encendí un cigarrillo, mirándoles alternativamente, hasta que,

sin poderse contener, Cora dio el estallido:

—No es lo que está pensando..., a pesar de mi combinación, querido.

—Todavía no he dicho nada, mistress...

—¡Pero lo está pensando, y eso es aún peor, Darrell! Vamos, suelte lo que sea y... y... lárguese de una vez.

Aquello no cuadraba mucho con lo hablado en mi despacho, pero creí comprender su estado de ánimo en aquellas circunstancias, por lo que respondí, haciendo caso omiso a sus palabras:

—Vine a hablar con usted, Cora, y vamos a hacerlo mal que le pese. Dígale a míster Barris que se largue ahora. Él, en este caso, no me interesa.

Al terminar de hablar, con el vaso en la mano, Tab Barris, el prometido de Lana Prescoe, se puso en pie.

—Eso...

—Haz lo que dice Darrell, Tab. Ya nos veremos más tarde. Esta noche.

—¿Aquí?

—No. Eso no le gustaría a Lana.

Barris terminó con el resto del whisky, soltó el vaso sobre la mesita y fue a la puerta, lanzándome de paso una mirada de través.

Frente a mí, Cora no se movió.

Esperaba.

Por fin lo hizo, unos cuantos segundos más tarde, cuando se sentó frente a mí, mirándome fijamente.

—No es lo que está pensando, fisgón —dijo, con rencor—. Tab es un amigo..., tanto mío como de mi esposo. En cuanto a esto..., también le recibo a usted del mismo modo, y no ha pasado nada..., ni pasará, Darrell. ¿Comprende? Me sorprendió, de este modo y... Bueno, no importa. ¿A qué ha venido?

Dudé unos segundos.

La combinación ofuscaba mis ideas, ella también, y mucho más el mundo de posibilidades que se abrían en mi mente de resultas de la visita de Tab Barris y de su cita para aquella noche.

—¿Amantes los dos?

Podía serlo... Podía ser, incluso, demasiada podredumbre, demasiado barro en torno al asesinato de Nancy Fletcher.

Miré los muslos desnudos de la muchacha y luego sus ojos, que no cambiaban de expresión.

—Le hice una pregunta, Darrell —dijo, de sopetón—. ¿A qué ha venido?

—En busca de la verdad.

—¿Sí...? ¿Y qué verdad es ésa?

—La muerte de Nancy Fletcher, por el momento. Hubo otra, pero ahora, por el momento, no me interesa, ya que fue consecuencia de la otra.

—¿Y...?

Se había puesto en pie y se acercaba, sinuosa como una serpiente.

Traté de apartar mis ojos de su cuerpo de ensueño, pero no pude.

—¿Y...? —preguntó una vez más, inclinándose sobre mí.

Mis manos, obrando por cuenta propia, fueron a su cintura. Se inclinó un poco más, el nacimiento de los senos quedó a la altura de mis ojos, noté el calor de sus labios en los míos y pregunté un segundo antes de que el beso se produjera:

—¿Por qué mató a Nancy Fletcher, mistress Marlowe? Fue un crimen pasional, ¿verdad?

Se apartó de mí, dando un par de pasos hacia atrás.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó—. Vamos, lárguese, ¿entiende? Váyase y no vuelva. ¡Vamos, largo!

Me levanté y avancé hacia la puerta.

Con la mano en el tirador, me volví a mirarla. Cora no se había movido; con las manos sobre los pechos, me miraba fijamente, conteniendo la respiración.

—Voy a llamar al teniente O'Brien, de Homicidios, Cora —dije—, y voy, además, a exponerle un par de ideas que me rondan por la cabeza.

Apartó una de las manos y señaló uno de los sillones.

—Siéntese, Darrell —dijo—, hablaremos de ello.

Solté el tirador y, ya en las profundidades del sillón, pregunté, sin dejar de mirarla:

—¿Qué es ello, mistress Marlowe?

—Es... es... ¿Es que no lo comprende, Darrell? ¿Es que no se da cuenta de que mi marido, de que míster Marlowe, me está

encubriendo a mí?

Aquello, por el momento, era chino para mí, por lo que formulé una nueva pregunta, la única que se me ocurría:

—¿Por qué?

—Porque él cree lo mismo que usted, Darrell: que fui yo la que mató a Nancy.

—¿Motivos? —inquirí, tratando de que mi rostro no delatara la sorpresa que sus palabras me producían.

—Celos.

—¿Infundados?

—No. Y por eso tengo miedo. Míster Marlowe, mi marido... Bueno, él fue esposo de Nancy antes de que..., de que... yo se lo quitara, ¿entiende? Luego... supe que continuaban viéndose y que... que... la esposa se había convertido en... en... Y aquella noche, yo también falté de aquí.

—¿Dónde estuvo?

Me esforzaba por que mi voz no delatara lo que sentía, y creo que lo conseguí, ya que Cora no hizo un solo gesto que pudiera interpretarse de otro modo.

Miró la puerta que Tab Barris había cerrado a su espalda y no necesité más.

—Fue... fue una noche, Darrell. Algo que ocurrió sin que ahora sepa cómo ni por qué fue. Tal vez a causa de la fuerte depresión nerviosa que me produjo saber lo de Nancy y Jeff, cuando... cuando miss Owen me lo dijo. Yo... creí que eran figuraciones tuyas, pero a pesar de eso le hice seguir, y el resultado..., el resultado es o fue ese que le dije. Crimen pasional, ¿no? Eso es lo que dirán de mí, si se llega a saber; pero Jeff no quiere. El... va a cargar con toda la responsabilidad y con la acusación de asesinato en primer grado y yo... yo...

—¿Lo hizo usted, Cora? —la interrumpí.

No desvió los ojos de los míos cuando respondió:

—No fui yo, Darrell. Tengo una coartada perfecta. Tab Barris es el hombre, y él declarará eso mismo si se lo pido..., pero no lo haré.

—Queda, efectivamente, míster Marlowe —dije, en tono frío.

—¿Jeff? ¿Por qué?

—Tal vez Nancy se puso pesada y le amenazó con contarle a usted lo que seguía habiendo entre los dos, a pesar del divorcio,

¿no?

—Sí, tal vez... —susurró, pensativamente—, pero eso no tiene sentido para mí.

No me dijo por qué ni yo pregunté al respecto.

—¿No...? —pregunté a mi vez—. Entonces, Cora, ¿cuál es el sentido?

—Jeff. Sólo eso, Darrell.

La miré pensativamente.

Brillaba con luz propia bajo la combinación de nylon y a pesar de su semblante serio en demasía.

—¿Por qué no explica todo esto al teniente O'Brien?

No sé cómo pudo hacerlo, pero sonrió con burlona ironía.

—¿Sí...? Eso, pesquisa, sería tanto como echarle a los perros. Una declaración como la que acabo de hacerle significaría... los mismos motivos para matar que yo tengo, pero a la inversa. Sería tanto como mandarle a la silla sin juicio previo.

Llevaba razón, pero esa fue otra de las cosas que tampoco le dije.

Simplemente, me limité a preguntar:

—¿Sabía que antes de Nancy Fletcher había otra mujer en la vida de su marido, Cora?

La vi hacer una mueca con los labios.

—Sí —repuso, secamente.

—¿La conoce?

—No. Y sólo sé de ella lo que Jeff me contó. Nunca se llevaron bien, ¿sabe? Y creo... creo que la culpa fue de Jeff. Es... es demasiado mujeriego, si me entiende, y no todas... son capaces de aceptar los hechos tal y como vienen.

—¿Y usted sí, Cora?

Su sonrisa se amplió.

—Si no fuera así, querido, hace tiempo que nos habríamos separado. Tab Barris, y a pesar de Lana, podría ser el motivo de la separación.

—Sí, puede ser así... Pero a pesar de todo. Cora —repuse fríamente—, usted resulta la sospechosa ideal.

—Lo sé, físgón. Y ahora, puestos de acuerdo en este punto, ¿va a ir con el soplo a la policía?

—Y usted, ¿va a dejar que su marido vaya a la «tostadera»?

Desvió los ojos de los míos y los clavó en el suelo en forma obstinada.

—Eso es algo que no sé... —contestó, al cabo de unos segundos de silencio que no interrumpí—. No lo sé... Y ahora no me refiero al consejo, al deseo de mi marido de que no se sepa que yo también abandoné la quinta aquella noche, Darrell. Y usted, ¿qué piensa hacer con todo esto que ahora sabe?

De nuevo pensé en O'Brien y en sus veinticuatro horas... y en mi cita con Cinthia.

—Tal vez ocurra algo antes de mañana, Cora —repliqué, abriendo la puerta. Me volví a mirarla y pregunté—: Si esto sale bien, Cora, ¿qué piensa hacer?

—¿Respecto a Jeff?

—Sí, así es.

Me mostró sus dientes de perla en una suave sonrisa, que por contraste iba cargada de preocupación.

—Hay sólo un camino a seguir, figón —dijo—. La verdad. Contarle la verdad a Jeff y partir. Abandonaré Nueva York y emprenderé un viaje. Luego, con el tiempo... Bueno, ni yo misma sé lo que puede ocurrir.

No repliqué.

Cerré a mi espalda y abandoné la quinta de los Marlowe.

Cora podía muy bien ser la asesina de Nancy Fletcher. Tenía que serlo, pero no había prueba alguna en su contra, ya que en el mismo caso se encontraba su marido. Según confesión propia, ambos abandonaron la quinta aquella noche..., pero sólo Marlowe confesaba que se encontraba en el lugar del asesinato cuando dispararon contra Nancy.

Si se daba crédito a sus palabras, Cora fue la que apretó el gatillo. Tal vez Marlowe no sólo sospechaba de su mujer a este respecto, sino que lo sabía con absoluta certeza, porque quizá la vio desde la ventana o desde otro lugar cualquiera.

Tal vez lo esperaba desde hacía tiempo, pero jamás lo confesaría.

Diez mil dólares.

Eso es lo que me iba a pagar si le sacaba del atolladero, pero nunca lograría hacerlo si él no me ayudaba con una confesión plena, y eso, como ya había pensado, jamás lo haría.

Nunca declararía en contra de su mujer.

¿Quizá porque la amaba demasiado?

Era una posibilidad, pero podía haber otras razones.

Fuera lo que fuese, estaba dando palos de ciego..., y lo que era aún mucho peor es que no podía ver a Marlowe. O'Brien había dicho su última palabra y sólo quedaba un camino para mí; continuar como hasta ahora, ya que tampoco me cabía ir al fiscal del distrito para contarle cuáles eran mis sospechas. Pediría pruebas y no las tenía. Las únicas que había obraban en poder de la policía..., si es que en realidad tenían alguna, que debían tenerlas o el teniente de Homicidios no se hubiera atrevido a llegar tan lejos con Marlowe.

Y un rifle con mira telescópica suspendido sobre mi cabeza. Un rifle que no había vuelto a disparar luego del segundo atentado.

Era como si en realidad el asesino en potencia estuviera ya entre las redes de la bofia.

Empecé a conducir hacia Nueva York, mientras continuaba pensando, ahora en el interés que Mónica Owen parecía tener por todos los miembros de la familia Marlowe.

* * *

Detuve el coche una cuadra antes de llegar a mi oficina, porque en aquel instante el disco se me puso en contra, y entonces la vi.

Dando la espalda a los peatones, a la calle, a la calzada, y contemplando un escaparate. Exactamente el escaparate de una joyería.

El disco cambiaba.

Embragué, crucé al otro lado, lo acerqué al bordillo de la acera, descendí, cerré las portezuelas y empecé a andar retrocediendo sobre la acera, después de cruzar al otro lado de la calle.

Cinthia continuaba con los ojos fijos allí, mirando a través del cristal, y me acerqué para enlazarla por la cintura.

—¡Oiga, pero qué se ha...!

Abrió mucho los ojos y luego sonrió.

Señalé el escaparate.

—¿Te gusta alguna? —pregunté.

Su sonrisa se amplió.

—¿A qué mujer no le gustan las joyas, Don?

Pero yo sabía que no se trataba de «las joyas», en plural, sino de

una sola de ellas.

—¿Entramos?

Me miró atentamente.

—¿Para qué? —preguntó.

—Si me das la mano —dije—, puede que te lo explique mejor.

No respondió, pero la puso entre las mías y entramos.

Cuando salimos de allí, tenía la sortija de pedida en el dedo pertinente, y sus ojos brillaban como dos estrellas.

Entramos en el coche y empezamos a rodar... en busca de un vestido.

Cinthia rompió el silencio cuando casi habían transcurrido los treinta segundos.

—Estuve en la United Press, Don.

—¿Y...?

—Creo que voy a darte una sorpresa.

Pero yo sabía que no era así.

—¿Y es...? —alenté, a pesar de mis pensamientos.

—Míster Jeff Marlowe era el marido de Nancy Fletcher. O mejor dicho, lo fue mucho antes de casarse con miss Cora O'Sullivan, la actual mistress Marlowe.

No contesté a aquello, pero sí pregunté:

—¿Algo más?

Me miró a través del espejo retrovisor.

—Sí —y su voz era ahora tan seria como sus ojos—. Se trata de esa zorra. De miss Mónica Owen.

—¿Qué hay con ella, Cinthia?

—¿Pero no lo sabes? —se burló.

—No. Vamos, suéltalo de una vez, ¿quieres?

Entonces lo hizo.

—Marlowe se casó tres veces, ¿no es así?

—Sí, así es —respondí, sin saber, claro está, adonde quería ir a parar con tanta pregunta.

—Pues bueno, ¿qué opinarías tú si te dijera que miss Mónica Owen es o fue la primera mistress Marlowe?

El coche dio un bandazo, enderecé el volante y pregunté:

—¿Estás segura de eso?

—¡Claro que sí, querido! Tomé un taxi, ¿sabes?, desde la United Press y me hice conducir al Distrito V, donde un juez de paz hizo

elogios a mis piernas, y... y... me mostró la partida de casamiento de una tal miss Mónica Owen con otro tal míster Jeffrey Marlowe.

Calló, mirándome atentamente, esperando ver un cambio en mi rostro, pero sé que no lo consiguió a pesar de que aquello era algo completamente inesperado y que echaba por tierra, sin paliativos de ninguna clase, todas las hipótesis que tenía sobre el crimen; sobre los dos crímenes, y que tal vez, quizá, también echara por tierra todo el tinglado que el teniente O'Brien había levantado en contra de Marlowe.

¿Visitar al fiscal del distrito y contarle todo cuanto sabía y cuáles eran mis sospechas ahora?

La pregunta de Cinthia, diciendo poco más o menos lo de otras veces, casi me sobresaltó:

—¿Qué piensas hacer, Don Darrell?

No respondí.

11

—SU vestido está terminado, miss Morris. ¿Quiere pasar al probador para ver cómo le queda?

Nos estaba sonriendo a los dos en tanto que mi mente era un verdadero caos de encontrados sentimientos.

—Sí, ahora mismo.

Mónica me miraba; estaba recordando lo ocurrido entre los dos. Sus ojos iban de la deliciosa figura de Cinthia, que ya se alejaba de nosotros, a los míos.

—Espéreme un momento, Darrell —dijo. Y me di cuenta que no me tuteaba—. Volveremos dentro de unos cuantos segundos.

La puerta se cerraba a espaldas de Cinthia.

Entonces dije:

—Me gustaría hablar con usted, Mónica.

Ella miró hacia atrás antes de preguntar:

—¿Esta noche?

—Sí, así es.

Arqueó levemente una ceja.

—¿En mi apartamento?

No sonreía, pero la pregunta traía a su mente y a la mía un montón de recuerdos agradables.

—Sí, así es —repuse—. Quiero hablar con usted.

Ahora sí me mostró sus dientes blancos y perfectos en una burlona sonrisa.

—Estoy segura que usted hará de todo menos hablar, Darrell.

—No estoy yo tan seguro.

Me miró con asombro.

—¿No? Entonces...

La interrumpí.

—Quiero hablar de Jeff Marlowe, un hombre que irá a la «tostadera» si alguien no lo remedia. De Jeff Marlowe, su ex marido, mistress...

Dio media vuelta, me interrumpí, y caminé en pos de los pasos de mi secretaria y prometida.

Me volví de espaldas y clavé los ojos en el tráfico de la calle, observándolo a través del cristal del escaparate.

Nunca supe cuánto tiempo estuve de tal guisa hasta que ella dijo a mi espalda:

—¿Qué te parece, Don?

Me volví.

Lo hice, y no deseo expresar lo que pensé en aquel momento, pero el «lamé» que la envolvía era una segunda piel, un guante que la amoldara desde los desnudos hombros hasta los pies.

—¿Te gusta?

—Eso puedes preguntármelo en otro momento, Cinthia —dije, recuperando el habla.

—No tendrás que recordármelo, Don, de eso puedes estar seguro —fue la respuesta que obtuve mientras que los obsesionantes ojos de Mónica no se apartaban ni un segundo de mi rostro.

Luego nos fuimos; yo, casi sin despedirme de ella, pero en el aire aún quedaban flotando mis palabras de cita, o por lo menos eso fue lo que me figuré en aquel momento.

Tres cuartos de hora más tarde dejé a Cinthia en la oficina y abandoné el despacho pretextando una cita turgente, y quedando en que nos veríamos aquella noche en su apartamento.

Una nueva cita a la que quizá no pudiera acudir.

Ya en la acera avancé hasta el coche, abrí la portezuela y Lana Prescoe preguntó inmediatamente tras de mí:

—¿Puede llevarme, fisgón?

Entré al coche, hice un gesto con la mano, subió, lo puse en marcha y arranqué.

—¿Dónde la llevo?

—A mi apartamento, querido. Ya sabe el camino.

Guardé silencio por espacio de unos segundos y pregunté:

—¿Puede adelantarme algo?

Elevó una de las cejas y se volvió a mirarme.

—¿Adelantarle...? No entiendo.

Sonreí.

—¿No? Vamos, miss Lancaster, no me diga que... que me estuvo esperando sólo porque no tenía para el «bus» o el taxi, querida. Me partiría el alma si fuera así.

Su rostro se nubló.

—No, no es eso... y usted lo sabe.

—¿Y bien...?

—Es importante, pesquisa. Algo relacionado con el asesinato de Nancy y de... de... Alf Parris, el amigo de Nora, ¿comprende?

—¿Y...?

—Se lo diré allí.

No contesté.

Estaba recordando a Mónica. En la cita que le había dado, en un rifle con mira telescópica y en un montón de posibilidades. Y varios nombres más. Cora, Tab, Marlowe, mi propia secretaria y Nora, la mujer que me había contratado para descubrir al autor de un crimen.

Y la muchacha que llevaba a mi lado.

Sesenta minutos más tarde me encontraba sentado en uno de los sillones del living, con un vaso de whisky frente a mí, teniéndola a ella en otro, también con un vaso enfrente, y mirándonos fijamente a los ojos, hasta que preguntó:

—Bien, miss Lancaster, ¿para qué me ha traído aquí?

—Está buscando a un asesino, ¿verdad?

—Sí, así es, y creo que ya lo tengo.

Bebió un poco, soltó el vaso sobre la mesita y se rio.

—Me temo que se equivoca, querido. Tanto usted como la policía, cada uno de un modo distinto, se equivocan.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que mister Marlowe no mató a Nancy Fletcher. Tampoco esa zorra de Mónica Owen, a pesar de que ella... ella fue la primera mujer de Jeff. Tenía motivos como los tenía Cora, pero ninguna de ellas lo mató. Ni a ella ni a Parris.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo... yo vi al asesino. Estaba cerca de la quinta cuando ocurrió, cuando oí el disparo, y me asusté. Me escondí tras el tronco

de uno de los árboles y... le vi salir llevando el arma en la mano.

La miré fijamente, pero Lana no apartó su mirada de la mía.

—¿A qué fue usted a la quinta, miss Prescoe?

Hizo una mueca, tomó el vaso, lo levantó un poco, lo detuvo antes de llevárselo a los labios y respondió, sin dejar de observarme fijamente:

—Iba a matarla, pesquisa, pero alguien se adelantó a mis deseos.

Sin saber por qué, me envaré en el sillón mientras que algo así como un barreno estallaba en el interior de mi mente.

Abrí la boca para decir algo, tal vez que la había comprendido, que ya lo sabía todo y que si no era así, el resto lo adivinaba, pero no pude.

—No se mueva, pesquisa, ¿entiende?

No lo hice.

Frente a mí, con el vaso a media altura y la mano derecha sobre el pecho de aquel lado, una pálida Lana Prescoe me contemplaba con el miedo brillando en lo más profundo de sus pupilas.

—¿Qué... qué vas a hacer? Por favor...

—Cierra el pico, querida, y no te muevas tampoco. —hizo una pausa y preguntó—: ¿Es cierto que me viste, Lana?

—Sí. Yo... yo...

Ladeé la cabeza, sólo un poco, y fue suficiente.

En el centro del living, con una automática «Colt» calibre 45, Tab Barris nos apuntaba alternativamente.

—¿Sorprendido, bastardo? —preguntó, al ver que le miraba.

—Sí —respondí—. Pero sólo un poco.

—¿Nada más?

—Nada más..., y me disgusta.

—¿Sí...? —había sangrienta ironía en su voz—. ¿Por qué?

—Porque sabiendo cómo era Nancy Fletcher... y quiénes sus amigos, su divorcio y tal vez las causas del mismo..., debí haberlo pensado antes.

—Un error que no se va a repetir, pesquisa. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

En aquel momento intervino Lana.

—Tú... tú no puedes hacer eso, Tab. No vas a hacerlo. Dos crímenes más son incluso dema...

Su risa la interrumpió.

—Sólo me van a condenar por uno, querida; por el de Nancy. Por lo tanto...

A mi vez, le interrumpí:

—¿Por qué lo hizo, Tab? ¿Por celos, por despecho... o fue a causa de míster Marlowe? Fue por éste, ¿no? Nancy era amante de usted y al mismo tiempo... no dejaba a su ex esposo. Cora misma lo sabía. La asesinó por eso, ¿no?

—Un tipo listo, Darrell. ¡Lástima que no lograra averiguarlo antes!

Frente a mí, Lana había soltado el vaso y empezaba a ponerse en pie.

—Ten cuidado, querida. Haz algo que no me guste y... —se interrumpió por un breve espacio de tiempo y añadió, dirigiéndose a mí—: Y sí, Darrell, lleva razón. Ella... siempre estuvo enamorada de Jeff Marlowe, aunque esto lo supe cuando ya era demasiado tarde tanto para Lana como para mí... Pero tenía algo que... que podía más que uno, que la voluntad de uno, si me comprende. Yo... la conocí una noche cuando ya era el prometido de Lana, y a partir de entonces... Luego empecé a sospechar que las cosas no andaban tal y como me las presentaba a mí. Empecé a pensar que tal vez había otro hombre... y empecé a seguirla. De este modo supe lo de Marlowe, el actual marido de Cora, y empecé a odiarle quizá sin que él tuviera la culpa y...

—Y la noche del crimen, usted también le siguió —le interrumpí—. Fue detrás de Marlowe, eran las doce de la noche, y le vio entrar como un ladrón, por una de las ventanas, y entonces le llegó la idea del crimen. Asesinar a la mujer que le engañaba... a pesar de su prometida, ¿no? Estando Marlowe dentro, tal vez sus huellas digitales en alguna parte, y el resultado era obvio. Eliminaba a dos personas que ya empezaban a estorbarle. La una por lo que representaba para usted, estando a punto de contraer matrimonio con otra, y Marlowe porque le quitaba —y aunque sea un contrasentido, es así— a Nancy Fletcher..., y esto es basura, Barris, sólo basura.

—¿Sí...? ¿Y qué me dice de ella? Se burló de mí, se rio hasta que no pudo más. Me dijo que... —empezó a retroceder sin dejar de apuntarnos mientras que lentamente Lana se iba desplazando a la izquierda—. Dijo que... era el fin, que nunca me había querido, que

para ella era uno de tantos, y que la dejara en paz; que no fuera a molestarla más. Eso fue tres o cuatro días antes de aquella noche. Quise saber quién era él... y el resultado fue el que ya sabe. Ahora... —Se interrumpió de nuevo para añadir, casi a continuación—: Ahora, Darrell, voy a matarles. Lo tengo todo previsto, ¿sabe? Yo... Bueno, sospechaba que Lana sabía algo, o que también sospechaba algo desusado, ya que la noche de... de... Bueno, tenía una cita con ella y no vine. Se quedó sola en el apartamento y cuando nos vimos al día siguiente le mentí... y tal vez averiguó mi mentira. Vino la muerte de Nancy, y Lana me había visto varias veces con ella. ¿Lo comprende, Darrell?

Estaba llegando a la puerta cuando dije:

—Espere.

—¿Sí...?

—Aún queda algo.

—Alf Parris, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Bueno, Parris también estaba aquella noche en la quinta, en el jardín... y me extraña que no viera a Lana..., pero él no supo callarse. Concertó una cita conmigo. Si revisa su cuenta bancaria verá que no tiene un solo centavo, Darrell, y quiso llenarse los bolsillos a mi costa. Acudí a la cita, pero fue un torpe. Y ahora...

En aquel momento, lo mismo que una pantera, así saltó Lana contra él.

Barris la vio,ladeó el cañón del arma y disparó mientras que yo, ya con la mano bajo la exila, me lanzaba de cabeza contra uno de los sillones.

La bala del 45 la pegó materialmente contra la pared opuesta y le vi, asimismo, volverse hacia mí, y entonces disparé.

Tiro tras tiro.

Barris dio un traspié, un par de vueltas sobre sí mismo y finalmente cayó de cabeza, sin soltar la automática. Sólo entonces dejé de presionar el gatillo de la mía y me puse en pie para correr hacia Lana.

La tomé en los brazos, la tendí sobre el sofá, abrió los ojos y sonrió. Pálidamente, pero lo hizo.

—¿Dónde te dieron? —preguntó—. ¿Duele?

—Sí, un poco, pero no creo que sea nada.

No lo era.

La pesada bala tenía orificio de entrada y salida, y aunque la sangre manaba a borbotones no me costó mucho trabajo contenerla.

Cuando terminé de vendar la parte alta de su hombro, Lana tenía los ojos brillantes por las lágrimas, pero yo sabía que no estaba llorando por el dolor que le producía la herida, sino por algo bien distinto.

Me aparté de ella sin pronunciar palabra y consulté el reloj.

Las doce de la noche... y dos mujeres esperando, pero una de las citas ya no merecía la pena celebrarla.

La otra...

Bueno, aquélla era distinta..., e iba a tener tiempo más que sobrado aquella noche.

Pero me equivoqué. Lo supe media hora más tarde cuando el teniente O'Brien se empeñó en llevarme al Precinto para que allí firmara mi declaración de los hechos.

Por aquella noche, Cinthia tendría que esperar... Luego, una vez casados, las cosas podían o no resultar mucho más fáciles para los dos.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España